



CTSCAFE PARA CIUDADANOS.....

<http://www.ctscafe.pe>

ISSN 2521-8093



REVISTA DE INVESTIGACIÓN MULTIDISCIPLINARIA



<http://www.ctscafe.pe>

Volumen IX- N° 26 Julio 2025

ISSN 2521-8093

2



¿Qué es el conservadurismo? Historia, ideología y partidos

Phd. Richard Bourke¹

Universidad de Cambridge

Correo Electrónico: rb875@cam.ac.uk

Recibido: 18 Abril 2025 Aceptado: 08 Julio 2025



Resumen: ¿Existe una filosofía política del conservadurismo? Una historia del fenómeno escrita desde una perspectiva escéptica pone en duda la existencia de una doctrina transhistórica, o incluso de una perspectiva conservadora duradera. Las principales tipologías del conservadurismo trazan uniformemente sus orígenes en oposición a la Revolución Francesa. En consecuencia, Edmund Burke ha sido señalado habitualmente como el “padre” de este estilo de política. Sin embargo, Burke era de facto un *whig* de la oposición que dedicó su carrera a diversos programas de reforma. Al repasar a Burke desde su entorno original, el argumento presentado aquí cuestiona los relatos del siglo XX sobre la ideología conservadora desarrollados por figuras como Karl Mannheim, Klaus Epstein y Samuel Huntington. Sostenemos que la idea de una tradición conservadora se ve mejor como una construcción tardía, y que la noción de una filosofía unívoca del conservadurismo es básicamente errónea.

Palabras clave: Conservadurismo/ Edmund Burke/ Ilustración/ Revolución Francesa/ Ideología/ Karl Mannheim/ Fiesta/ Escepticismo.

Abstract: Is there a political philosophy of conservatism? A history of the phenomenon written along sceptical lines casts doubt on the existence of a transhistorical doctrine, or even an enduring conservative outlook. The main typologies of conservatism uniformly trace its origins to opposition to the French Revolution. Accordingly, Edmund Burke is standardly singled out as the ‘father’ of this style of politics. Yet Burke was de facto an opposition Whig who devoted his career to assorted programmes of reform. In restoring Burke to his original milieu, the argument presented here takes issue with 20th-century accounts of conservative ideology developed by such figures as Karl Mannheim, Klaus Epstein and Samuel Huntington. It argues that the idea of a conservative tradition is best seen as a belated construction, and that the notion of a univocal philosophy of conservatism is basically misconceived.

Keywords: Conservatism/ Edmund Burke/ Enlightenment/ French Revolution/ Ideology/ Karl Mannheim/ Party/ Scepticism.

Résumé : Existe-t-il une philosophie politique du conservatisme ? Une histoire du phénomène, écrite avec scepticisme, jette le doute sur l'existence d'une doctrine transhistorique, voire d'une perspective conservatrice durable. Les principales typologies du conservatisme trouvent invariablement leurs origines dans l'opposition à la Révolution française. Ainsi, Edmund Burke a

¹ Historiador irlandés (1956), especializado en historia de las ideas políticas de los tiempos modernos y contemporáneos. Profesor de Pensamiento Político en la Universidad de Cambridge, miembro del King's College de Cambridge. Fue profesor de la Universidad Queen Mary of London, también del curso de Pensamiento político. Desde el 2018, es miembro de la Academia Británica.

Los traductores, Juan Carlos Huaraj y Angela Gabriela Perez, agradecemos al prof. Richard Bourke, quien en febrero del 2025 autorizó su traducción, del original: Bourke, R. (2018). “What is conservatism? History, ideology and party”. En: *European Journal of Political Theory*. Vol 17 (04). DOI: 10.1177/1474885118782384. Pp. 449-475.

régulièrement été désigné comme le « père » de ce style politique. Pourtant, Burke était de facto un opposant whig qui a consacré sa carrière à divers programmes de réforme. En revisitant Burke depuis son milieu d'origine, l'argument présenté ici remet en question les analyses du XXe siècle de l'idéologie conservatrice développées par des personnalités telles que Karl Mannheim, Klaus Epstein et Samuel Huntington. Nous soutenons que l'idée d'une tradition conservatrice doit être considérée comme une construction tardive et que la notion d'une philosophie univoque du conservatisme est fondamentalement erronée.

Mots-clés: Conservatisme/ Edmund Burke/ Lumières/ Révolution française/ Idéologie/ Karl Mannheim/ Parti/ Scepticisme.

1. El escepticismo y la teoría política

En el apasionante párrafo final de su «Introducción» a *Jealousy of Trade*, Istvan Hont² escribió que «la historia es la herramienta de los escépticos» (Hont, 2005: 156). La frase se ha citado a menudo, pero ¿qué significa? El propósito de Hont en dicha cita, fue establecer una agenda para la historia del pensamiento político. Sostenía que no tenía sentido revivir alternativas ideológicas olvidadas, que intentarían responder «milagrosamente» a los problemas actuales de la teoría política. El pasado, parecía estar diciendo, no tiene tal influencia en el presente.

150

Uno de los objetivos de Hont en este caso fue Quentin Skinner³, en concreto la recomendación de que valía la pena excavar en el ideal neorromano de la libertad como correctivo al dogma liberal reinante. Sin embargo, hay algo inquietante en el párrafo de Hont.

Por un lado, parece estar afirmando que volver a las ideas del pasado con la esperanza de instruir al presente, es un ejercicio redundante. Sin embargo, por otro lado, ese retorno es en última instancia lo que quiere proponer. Esta propuesta fue aún más clara en un estudio posterior de Hont, donde las ideas combinadas de Jean Jacques Rousseau y Adam Smith se presentaron como las claves para comprender nuestros predicamentos actuales (Hont, 2015: 24). De hecho, Hont estaba dispuesto a ir aún más lejos: el recurso a la economía política del siglo XVIII promete proporcionar más que una simple aclaración analítica, sostenía. Se dice que los “mejores” pensadores que escribieron sobre la sociedad comercial en el período proporcionaron evaluaciones confiables de dónde estamos sobre la base de su notable clarividencia: “El futuro comercial que muchos observadores del siglo XVIII imaginaron como plausible se ha convertido en nuestro presente histórico” (Hont, 2005: 156). El análisis pasado de un futuro posible, resultó ofrecer la guía más convincente para el juicio político contemporáneo.

La receta de Hont combina virtuosismo con dificultades desconcertantes. Parte de ese virtuosismo proviene de Reinhart Koselleck⁴, en particular de su preocupación por los “futuros pasados”,

2 Historiador nacionalizado británico nacido en Hungría. Sus líneas de investigación fueron el pensamiento político y la economía. En su obra más importante, *Jealousy of Trade* (2005), buscó formar un argumento moderno que vinculara al pensamiento político y económico.

3 Historiador británico del pensamiento político. Es reconocido por sus aportes en la metodología de investigación de la disciplina histórica, las teorías políticas de Hobbes y Maquiavelo y el republicanismo. Entre sus publicaciones destacan: *The Foundations of Modern Political Thought*, volúmenes I y II (1978), *Reason and Rhetoric in the Philosophy of Hobbes* (1996), *Visions of Politics*, volúmenes I y II (2002), *L'artiste en philosophie politique* (2003) y *Hobbes and Republican Liberty* (2008).

4 Fue uno de los principales historiadores alemanes del siglo XX. Se interesó por la historia intelectual de la Europa occidental del siglo XVIII, la teoría de la historia y la historia conceptual. Sus obras notables traducidas al español están conformadas por *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, *Futuro pa-*

es decir, su interés por las formas cambiantes en que los pensadores del pasado imaginaban el futuro (Koselleck, 1989). Para Koselleck, estas proyecciones eran por lo general de naturaleza patológica, pero para Hont a menudo contenían las semillas de una predicción precisa. Esto llevó a la sugerencia de que la teoría política del pasado ofrecía la mejor oportunidad de iluminar nuestra situación actual, aunque, como también vio Hont, la filosofía del pasado podía ser prisionera de su época. Este enigma encapsula los problemas a veces asociados con la “Escuela de Cambridge” en la historia del pensamiento político, que Hont quería ejemplificar y repudiar al mismo tiempo (Bourke, 2018: 467 y siguientes). Estaba comprometido tanto con la filosofía como con su historización, dejando su obra suspendida entre el presente y el pasado.

Ante este dilema, proponemos utilizar el mandato de Hont en favor del escepticismo contra su plan de resucitar a pensadores que han desaparecido hace mucho tiempo. En concreto, quiero acoger su llamado al escepticismo aplicándolo a la idea del conservadurismo, al tiempo que rechazamos su recurso a la filosofía “utilizable” del pasado. La historia es, en efecto, un instrumento del escepticismo, y el escepticismo es un recurso valioso para la teoría política. Pero tenemos que empezar por preguntarnos, ¿qué es el impulso escéptico?, y ¿cómo debería emplearse al reflexionar sobre la política?. Hont no nos ayuda en este punto: “escepticismo” era uno de sus términos favoritos, pero en ningún momento lo definió. A veces lo utilizaba en su sentido más familiar, denotando una postura de duda epistemológica (Hont, 2005: 167). Más a menudo lo asociaba con una corriente de ética “utilitaria”, arraigada en una crítica neoagustiniana de la sociabilidad natural (Hont, 2005: 47). Sin embargo, este uso denota un compromiso filosófico, no un modo de investigación histórica, y por lo tanto puede tener poca relevancia para la historia como “herramienta”. Para entender cómo se puede utilizar el escepticismo en este sentido, será mejor recurrir a la inspiración original de Hont: David Hume.

En el *Tratado* y en la primera *Investigación*, Hume mostró cómo la duda pirroniana⁵ destruyó todo resto de convicción, conduciendo a un estado melancólico de desorientación, que luego se mitigaba con la inmersión en los “asuntos de la vida” (Hume, 2000: 175). Los extremos del escepticismo podrían de esta manera “corregirse mediante el sentido común y la reflexión” (Hume, 1999: 207). Sin embargo, esto no agotó el papel de la filosofía crítica. Si bien nuestros hábitos mentales naturales restringen la tendencia del escepticismo hasta el desquicio, inclusive; la actitud crítica del escéptico encontraría, no obstante, otras salidas beneficiosas. Una apertura hacia la duda humillaría el orgullo intelectual, confinaría la imaginación dentro de su esfera apropiada y desafiaría la obstinación de los dogmas dominantes. Las creencias dogmáticas más impactantes provenían de la religión, la moral y la política. En relación con las dos últimas categorías, el espíritu filosófico inculcaba la imparcialidad como antídoto a las inclinaciones moralistas de la mente. El objetivo era fomentar el distanciamiento escéptico de intuiciones y valores aparentemente evidentes y alentar la reflexión sobre la situación más amplia en la que se insertaban esas normas.

Partiendo de esta base, la filosofía debería renunciar a la clase de exhortación moral que fue una característica tanto de la ética del siglo XVIII como de la teoría política moderna. Para Hume, al menos, la actividad de predicar máximas éticas generales era probable que fuera tan ineficaz como hipócrita, en general. Sin embargo, esto no dejaba al filósofo sin un asidero práctico en los asuntos. Si bien no se podía razonar para que la gente abandonara sus preferencias, era po-

sado. Para una semántica de los tiempos históricos y *Los estratos del tiempo: estudios sobre historia* publicadas originalmente en 1959, 1979 y 2001, respectivamente.

5 Postura filosófica defensora de la relatividad. De esta forma, no es posible conocer la verdad.

sible alentar una evaluación más amplia de las circunstancias que sustentaban las preferencias existentes: “Aquí... un filósofo puede intervenir y sugerir puntos de vista, consideraciones y circunstancias particulares que de otro modo se nos habrían escapado...” (Hume, 1985a: 172).

En relación con la política, las “consideraciones” y “circunstancias” que Hume tenía en mente, se trataban de condiciones históricas concomitantes. Captar el carácter y la tendencia de una situación significaba verla en relación con su desarrollo histórico. Así, cuando llegó el momento de establecer una ciencia del gobierno, los papeles del filósofo y del historiador comenzaron a fusionarse: el análisis y la evaluación de las opciones prácticas implicaban conectar las decisiones con sus resultados probables basándose en una apreciación del contexto histórico más amplio. Desde esta perspectiva, la idea aquella de que la carrera de Hume tambaleó de la filosofía hacia la historia, debido a un supuesto “fracaso” en la sustentación de su “sistema”, no pudo ser más errónea (pace Letwin, 1965: 3). El tipo de historia filosófica que Hume llegó a practicar entre los años 1740 y 1760, fue consecuencia natural de su enfoque original. En consecuencia, la historia, por las razones que acabamos de esbozar, fue de hecho una herramienta del escepticismo. Sin embargo, la pregunta seguía siendo cómo podía escribirse la historia sobre principios escépticos.

152

El objetivo de la historia filosófica, tal como la concibió Hume, era obtener ese resultado. Su propósito fue analizar las consecuencias de las acciones, no respaldar las pretensiones de un grupo de actores partidistas, como los puritanos contra los católicos o los *whigs* contra los *tories*. Al esforzarse por abordar el tema de la política con esta actitud de imparcialidad escéptica, se hizo evidente que un sistema político elegido, rara vez lograba sus objetivos, sobre todo porque tenía que perseguir sus propósitos en medio de obstáculos de otros planes en competencia. Por lo tanto, los resultados solían ser imprevistos. Por la misma razón, rara vez era posible rastrear los orígenes prístinos de los acuerdos actuales. Según Hume, estas ideas se podían extraer desde los hechos de la historia. Por ejemplo, podrían aprenderse de la observación, que la libertad moderna no fue producto de una campaña deliberada por la misma; o, del descubrimiento que en los derechos del parlamento británico del siglo XVIII, no se encontraron embrionarias vinculaciones en el pasado gótico (Hume, 1983: VI, p. 64; I, p. 163). La historia fue discontinua, inútil e irónica. Esta conclusión es sin duda instructiva para la teoría política. Los principios políticos están encarnados en tradiciones y consignas que son necesarios desambiguar, evaluar y contextualizar. Este artículo persigue ese objetivo con referencia al conservadurismo.

El estudio del conservadurismo debe ser analítico e histórico a la vez. Para entender el carácter de cualquier fenómeno social es necesario identificar lo que realmente es, y explicar el curso de su descendencia. Ambas actividades están, por supuesto, vinculadas, ya que la naturaleza de cualquier artefacto político está ligada al proceso de su formación. Como hemos indicado, nuestro objetivo es examinar el conservadurismo con escepticismo, exactamente como se podría interrogar a cualquier conjunto de compromisos al sondear sus pretensiones de integridad doctrinal, como de continuidad histórica. Los historiadores han cuestionado recientemente la identidad del liberalismo (Bell, 2016)⁶ y han destacado las divergencias dentro de la tradición marxista (Stedman Jones, 2016)⁷. El conservadurismo difícilmente puede quedar exento de

6 Académico e historiador británico, quien se desempeña como profesor titular del Departamento de Política y Estudios Internacionales de la Universidad de Cambridge. Además, investiga temas relacionados a la historia del pensamiento político moderno, así como la teoría política contemporánea.

7 Historiador y profesor británico especializado en el estudio del pensamiento político moderno de Europa y la historia económica e intelectual desde las revoluciones burguesas. Obtuvo la distinción denominada *Miembro*

ese escrutinio. De hecho, la reconstrucción crítica promete dividendos prácticos al desafiar supuestos contraproducentes. El análisis escéptico de los compromisos programáticos ayuda a asegurar un premio en particular: la oportunidad de evaluar la política en sus propios términos, libre de la presión de la lealtad ideológica y la afiliación partidaria.

En las páginas que siguen discrepo con tres afirmaciones en particular. En primer lugar, cuestiono la utilidad de pensar en el conservadurismo como un hábito, un instinto o una disposición. A continuación, cuestiono la viabilidad de considerarla una teoría dotada de un “núcleo” estable de valores abstractos y, por último, cuestiono la afirmación de que ha existido una tradición unificada que ha transmitido intactos los principios conservadores de generación en generación.

2. Paradojas del conservadurismo

Escribiendo en Perugia en 1930, Robert Michels⁸ comentó cómo «los bolcheviques de hoy son tan conservadores como los zaristas de ayer» (Michels, 1945: III, p. 230).

Su objetivo aquí era, en parte, alterar las expectativas: si incluso los extremos del radicalismo podrían ser calificados de “conservadores”, ¿tenía el conservadurismo algún significado como ideología? Dada la odisea de Michels, su paso desde la socialdemocracia al sindicalismo y al fascismo, tal vez no sea tan extraño que la identidad política pudiera parecer -para un personaje tan proteico-, abarcar todo el espectro de posiciones disponibles: habiendo pasado por tal gama de afiliaciones, cualquier convicción podría parecer implicar otra.

De igual modo, puede ser que en el contexto en el que escribía, Michels tuviera algo específico que decir sobre el legado de Lenin: habiendo sacudido la política rusa hasta sus cimientos, el partido de Lenin, a partir de su consolidación como gobierno, estaba comprometido a sostener un régimen por la fuerza.

Sin embargo, sea cual sea la interpretación que hagamos de los motivos que se esconden tras esta afirmación, resulta difícil escapar a una implicación clave de la observación de Michels: a saber, que el conservadurismo es una ideología posicional más que doctrinal, capaz de una “modificación” infinita (Michels, 1968: 44). Este argumento se ha presentado de diversas maneras en el pasado en términos de una distinción entre conservadurismo procedimental y sustantivo, o entre una actitud en oposición a un sistema filosófico. Se podría afirmar que el enfoque procedimental, en última instancia, equivale a una doctrina: a saber, la proposición de que el conservadurismo es un procedimiento para preservar los valores contra el cambio radical (Hampsher-Monk, 1987: 28). Esto parece cercano a lo que Michels estaba dispuesto a argumentar: que el conservadurismo no debe entenderse como un intento de apuntalar un ideal sino más bien como un compromiso para asegurar acuerdos arraigados. Su característica definitoria radica menos en lo que se estaba conservando que en el acto mismo de conservación. Esto significa que la política conservadora no puede definirse en términos de política, o incluso con referencia a principios ideológicos específicos. Uno conserva en relación con posiciones opuestas que buscan generar cambios no deseados. Por supuesto, es correcto que al tratar de mantener una posición, los conservadores deben defender explícitamente una política. Sin embargo, siguiendo esta lectura, su conservadurismo reside menos en el contenido de sus preferencias que en su

de la Academia Británica.

8 Sociólogo y politólogo alemán estudioso del comportamiento político de las élites intelectuales. Autor de la teoría llamada Ley de hierro de la oligarquía, la cual fue planteada en su libro *Los partidos políticos*.

determinación de unirse a la defensa de un *establishment*. Desde esta perspectiva, por ejemplo, en 1930, el bolchevismo era un compromiso abiertamente conservador.

Esta conclusión, pese a su aparente aire de paradoja, difícilmente puede resultar del todo sorprendente. Los guardianes de la República Democrática Alemana, cualesquiera que fueran sus raíces en el socialismo revolucionario, eran un bastión de tradicionalismo tenaz en 1989. De manera similar, tal vez nadie acusaría a Lenin de conservadurismo en 1902, el año en que se publicó originalmente su panfleto **¿Qué hacer?**

En aquel entonces había un Estado que subvertir y, en verdad, un mundo que conquistar. Pero en 1920 el líder bolchevique ya estaba insistiendo en que el poder soviético se refuerce, monopolizando la autoridad del Estado (Lenin, 1960/1970: XXXI, p. 23). Visto desde la perspectiva de los acontecimientos internos rusos, el mensaje de Lenin puede resumirse en la orden maquiavélica de que los gobernantes debían esforzarse por mantener lo *Stato* (preservar el Estado) (Maquiavelo, 1988: cap. 18, pp. 63). Es un hecho sorprendente, aunque difícilmente imprevisible, que el marxismo leninismo culminase en un conservadurismo militante. En enero de 1919, al dirigirse a un gran auditorio en el Gran Aula de la Universidad Ludwig Maximilians de Múnich, Max Weber, que había sido profesor de Michels, planteó la pregunta retórica: ¿qué distinguía los métodos políticos del bolchevismo, de los de cualquier nuevo aspirante al poder político? De hecho, dio a entender que, si bien el leninismo tenía que recurrir a los medios disponibles para conquistar la política, también se vería obligado a preservarse con los citados instrumentos disponibles. En otras palabras, una vez en ascenso, los revolucionarios se esforzaron por perpetuar su posición (Weber, 1994: 78). De ello se deducía, desde la perspectiva de Weber, que los detalles doctrinales no determinaban el carácter de la política conservadora.

Sin embargo, todavía tenemos que preguntarnos hasta qué punto es útil reducir la comprensión del conservadurismo al mero impulso de preservar. Esta descripción es tan nebulosa que Noël O'Sullivan⁹ se vio obligado a descartarla como literalmente “absurda” (O'Sullivan, 1976: 9). JGA Pocock¹⁰ ha sostenido que nunca se podría escribir una historia general de la doctrina conservadora, ya que “*demasiadas mentes han intentado conservar demasiadas cosas por demasiadas razones*” (Pocock, 1987: XLIX). La idea de que el conservadurismo simplemente *conserva*, tiene un problema adicional: como definición, abarca todo y nada. Casi todos los programas políticos están dispuestos a preservar algo.

Incluso el anarquismo aspira a mantener sus valores preferidos, aunque no utilice al Estado como vehículo para garantizarlos. Además, si se define el conservadurismo en términos del impulso a la preservación, entonces los movimientos conservadores dedicados al cambio radical quedan excluidos. Sin embargo, los que se autodenominan conservadores a menudo han tenido un temperamento revolucionario.

Este último punto se puede ilustrar fácilmente con una referencia al publicista nacido en Suiza, Armin Mohler¹¹. Cuando Mohler comenzó a reflexionar en 1950 sobre el carácter de la derecha

9 Profesor de Filosofía Política en la Universidad de Hull. Entre sus obras más notables, anotamos *Conservadurismo* (1976).

10 Historiador británico que pasó la mayor parte de su juventud en Nueva Zelanda. Motivo por el cual obtuvo esta nacionalidad. Además, al emigrar a Estados Unidos en 1996 y enseñar en la Johns Hopkins University también obtuvo la nacionalidad norteamericana. Su principal contribución en el método histórico fue el estudio de la historia del discurso político.

11 Filósofo y periodista suizo que estudió la Revolución Conservadora. Padre de la *Neue Rechte*, la rama

alemana, alineó una corriente de conservadurismo con tendencias “radicales” que durante mucho tiempo habían mantenido una oposición al tradicionalismo dominante.

Él denominó a este elemento radical “Movimiento Alemán” (*deutsche Bewegung*) y trató de capturar sus características esenciales en el período posterior a la Primera Guerra Mundial recurriendo a la frase oxímoron “Revolución conservadora”.

Según Mohler, entre los partidarios anteriores de esta visión revolucionaria del mundo se encontraban Oswald Spengler, Ernst Jünger, Carl Schmitt y Thomas Mann. Sin embargo, continuó, en 1933, en Alemania, el éxito político del nacionalsocialismo sustituyó a las corrientes vitales del movimiento, lo que dejó al historiador la tarea de reconstruir lo que había sido hasta entonces el conservadurismo radical (Mohler, 1989: 3). Mohler rastreó los usos de la frase revolución conservadora a través de Hermann Rauschning y Hugo von Hofmannsthal hasta 1848, pero afirmó que las fuentes reales del movimiento se remontaban a la reacción contra la Revolución Francesa en 1789 (Mohler, 1989: 911). La canalización de estas corrientes conservadoras hacia el Partido Nacionalsocialista Alemán en la década de 1930 le pareció a Mohler una restricción drástica del proyecto original. Con esta limitación de objetivos se produjo una fragmentación política, que dejó a los disidentes de la nueva ortodoxia en el papel de “trotskistas”, a medida que se los excluía gradualmente de las ciudadelas del poder (Mohler, 1989: 4). En cierto sentido, Mohler veía a estos *trotskistas* de derecha como personas que buscaban conservar una tradición de reacción que se remontaba a fines del siglo XVIII. Sin embargo, su énfasis estaba puesto en el empujón radical que los impulsaba. Incluso si esta clase de política pudiera conectarse con una tradición, su aspecto más notable para Mohler fue su espíritu revolucionario. Aquí había un tipo de conservadurismo que, ciertamente, no era de talante conservador.

Michael Freedon¹² ha escrito que el conservadurismo tiene características “morfológicas” básicas. Lo que quiere decir es que la ideología puede identificarse en términos de sus principios, o lo que Freedon llama su “concepto central”. Esto comprende en última instancia una dedicación al “cambio gradual y orgánico” (Freedon, 1996: 333-336). Lo que se afirma aquí es que el conservadurismo no es meramente una disposición, y, ciertamente, no es reducible a un deseo de conservación, implica un compromiso intelectual gestionando prudentemente los cambios. Es evidente que este criterio se aplica a las reformas del liberalismo, como del socialismo. En cada caso se hace un esfuerzo para garantizar que el cambio político sea seguro. Esto podría requerir que sea de naturaleza gradual, o incluso orgánica, si “orgánico” implica la búsqueda del cambio mediante la capitalización de instituciones y valores arraigados.

Esto nos lleva a un callejón sin salida. Cualquier intento de especificar una lealtad política se ve frustrado porque el objeto de análisis escapa a nuestro alcance. El conservadurismo, en efecto, se desvanece en el aire. No ha sido posible identificar una doctrina conservadora sobre el modelo de una “escuela” de pensamiento definida. La historia de la filosofía se escribió durante siglos en términos de campos rivales, como los peripatéticos, los académicos, los cínicos y los pitagóricos. Este principio organizador perduró desde Diógenes Laercio en el siglo III hasta Jakob Brucker¹³ en el XVIII, y más allá. Su éxito fue en parte producto de su fidelidad al hecho de que

alemana de la Nueva Derecha europea.

12 Fue un teórico británico de la ideología y editor fundador del *Journal of Political Ideologies*. Entre sus obras destacan las siguientes: *The New Liberalism: An Ideology of Social Reform* (1978), *Ideologies and Political Theory: A Conceptual Approach* (1998), *Ideology: A Very Short Introduction* (2003) y *Liberalism: A Very Short Introduction* (2015).

13 Fue un teólogo e historiador de la filosofía alemana. Nació en Augsburgo y se graduó en la Universidad

los pensadores estaban ansiosos por posicionarse en relación con sus predecesores, anunciando su lugar dentro de una sucesión apostólica.

La historia religiosa también podía estudiarse en términos de doctrinas, aunque las sectas rivales parecían propagar herejías. En consecuencia, el calvinismo estaba constituido por preceptos determinados, vinculados a un modo de vida.

Sin embargo, en comparación, no existe una categoría genérica de conservadurismo que indique una filosofía o un *ethos*. Asimismo, la disposición a conservar es compartida por una variedad de ideologías, mientras que grupos que se identifican como conservadores se han comprometido con cambios repentinos, incluso violentos. Por extensión, el conservadurismo no representa una teoría del cambio gradual, que abarque una adaptación incremental.

Por ejemplo, un destacado arquitecto de una reforma “fragmentada” como Karl Popper¹⁴ podría ser igualmente caracterizado como socialista o como liberal (Gray, 1976; Popper, 1976: 36).

Así pues, nuestra búsqueda para descubrir una filosofía del conservadurismo ha flaqueado momentáneamente, disolviéndose bajo la presión del escrutinio escéptico.

156

Este resultado puede alarmar a los políticos académicos ansiosos de etiquetar cualquier actitud, afiliación u orientación. Sin embargo, seguramente resulta menos inquietante para el historiador filosófico, dispuesto a mirar más allá de las descripciones partidistas, para evaluar las acciones políticas y sus consecuencias. Cuando se trata de ideologías y doctrinas, el escéptico está obligado a reflexionar desde “abstracciones cosificadas” (Dunn, 1968: 85). Aquí es relevante distinguir entre los tipos de abstracción. El judaísmo es un sustantivo colectivo que originalmente describía un código ético y religioso (King James Bible, 1611: 2 Maccabees, ii, 21), mientras que el hobbismo fue acuñado para acusar una perspectiva filosófica (Diderot, 1765). El fanatismo y el entusiasmo nacieron igualmente en la polémica, más específicamente durante la lucha religiosa que siguió a la Reforma. Los sustantivos abstractos que designan sistemas políticos suelen tener su origen en una fecha posterior, muchos de ellos del período comprendido entre 1789 y 1848, como el individualismo, el igualitarismo, el democratismo y el utilitarismo (Höpfl, 1983: 7). Las categorías abstractas y las personificaciones son características de nuestro lenguaje que, a veces, funcionan como medios convenientes de descripción resumida, como en la afirmación de que los aliados derrotaron al fascismo en 1945. Las doctrinas personificadas pueden emplearse como marcadores de posición abreviados a la espera de una explicación; en este caso, una aclaración sobre quiénes eran los fascistas, qué defendían y qué hacían.

El problema sólo surge cuando se permite que abstracciones de este tipo adquieran una vida propia casi autónoma. En consecuencia, la mayoría de los historiadores han llegado a aceptar que la historia del pensamiento político debería esforzarse por ofrecer una explicación de una actividad, no una narración de esencias incorpóreas. Esta idea ha informado en teoría el estudio de las ideas políticas desde el giro histórico asociado con Peter Laslett, Duncan Forbes, JGA Pocock, Quentin Skinner y John Dunn¹⁵. Parte de la crítica de Skinner a los intentos previos de estudiar las ideas “unitarias”, o de construir una morfología de conceptos que mantuvieran su estructura a lo largo del tiempo, fue su ataque a lo que él llamó la “mitología de las doctrinas”: de Jena. Su obra más importante fue *Critical History of Philosophy* (1742).

14 Filósofo, politólogo y profesor austriaco nacionalizado británico. Es conocido por su método falsacionista. Además, es considerado como uno de los grandes filósofos de la ciencia del siglo XX.

15 Politólogo, filósofo e historiador británico estudioso de la teoría política y la historia del pensamiento político. Representante de la Escuela de Cambridge y miembro de la Academia Británica.

“la doctrina que se investiga tan fácilmente se hipostatiza en una entidad”, se quejaba (Skinner, 1969: 10).

Sin embargo, casi sesenta años después, los filósofos políticos siguen utilizando categorías épicas como *liberalismo*, y los historiadores seguimos pensando en términos que se asemejan al *choque de ideologías*, mientras que a ambos les resulta difícil evitar recurrir a conceptos de raíces morales como “progreso” y “reacción”. Una de las razones de ello es que el pensamiento político de los siglos XIX y XX se mantuvo relativamente inmune a los procedimientos rigurosamente historicistas. Por ejemplo, en 2014, Edmund Fawcett¹⁶ pudo publicar un volumen sobre la historia del liberalismo, el mismo que se ha visto como si existiera un concepto unificador del fenómeno (Fawcett, 2014). También es cierto que el papel y la cantidad de consignas en la vida pública han cambiado de acuerdo con los cambios en la cultura intelectual, en particular el ascenso del periodismo, el intelectual y, por qué no decirlo, el agitador. El poder hipnótico de las doctrinas también se puede explicar por la tendencia generalizada en nuestra cultura a politizar las teorías, y bien que nos resulta familiar como un ejercicio retórico de etiquetar a los oponentes, para ello recurrimos a nociones difíciles de manejar como el capitalismo, el nacionalismo, el imperialismo y el globalismo.

Estos términos pueden emplearse para designar un conjunto de prácticas o un sistema de ideas, pero suelen aparecer en la historia como una «fuerza» independiente (Höpfl, 1983: 16). A los filósofos e historiadores nos ha resultado muy difícil escapar de su socialización en la demología resultante. Como las abstracciones son formas clínicas de señalar la desaprobación, han gozado de un doble atractivo: como modos concisos de encapsulamiento, como cuando el «capitalismo» envuelve al planeta; y como un medio aparentemente desapasionado de condena, como cuando el «imperialismo» subyuga a una población (Bourke, 2012: 2342). Sin embargo, un análisis preciso requiere que mostremos quién hace qué a quién.

El poder de las ideologías para cautivar también ha sido una función del atractivo de las tradiciones inventadas. Nos hemos acostumbrado a mirar con ojo crítico las invocaciones espurias de la herencia nacional (Hobsbawm y Ranger, 1983). Sin embargo, también necesitamos investigar las leyendas intelectuales, especialmente cuando éstas exigen explícitamente lealtad: como sucede con el cosmopolitismo, el feminismo, el socialismo y el conservadurismo.

La idea del linaje sustenta lealtades de todo tipo, con el resultado de que los movimientos basados en valores tienden a reivindicar un *pedigrí* o a reimaginar una línea de descendencia útil. Si bien esto suele suceder con los esquemas de valores y los sistemas de pensamiento, es igualmente cierto en el caso de los partidos políticos. El *whiggismo* ofrece lo que probablemente sea el ejemplo más famoso, señalando un conjunto de principios además de un partido en el parlamento. Los historiadores nos hemos dedicado anteriormente a desenmascarar tradiciones intelectuales cuestionables. Esto ha implicado recuperar el uso divergente de principios dudosamente conectados por un nombre común. El cambio de valencia de los “derechos” ofrece un ejemplo obvio (Moyn, 2010; Tuck, 1979). Sin embargo, el ascenso del partido complica la tarea del historiador de las ideas, ya que el proceso confirió solidez institucional a la moda intelectual. ¿Podría entonces argumentarse que los partidos liberales son duraderos de una manera que los principios liberales no lo son, o que el Partido Conservador tiene sustancia de una manera que el conservadurismo no la tiene?

16 Periodista político británico. Autor de *Liberalismo: La vida de una idea Conservadurismo: La lucha por una tradición* (2014).

En realidad, como se verá más adelante, el proceso de desarrollo institucional ha generado su propia dinámica de continuidad y discontinuidad, pero no una identidad política o de lealtad a lo largo del tiempo. Bajo el marco corporativo, el ajuste y la modificación han sido la única constante.

La cambiante complejidad de las ideologías en la era moderna es producto tanto de cambios normativos como de los desarrollos en la organización práctica de las mismas. El estudio de estos dos fenómenos suele dividirse en subdisciplinas: la historia intelectual y la historia política. La primera aborda la variación en el mundo de la opinión, la otra, al menos en parte, la evolución de los partidos políticos. A su manera, ambos enfoques han tendido a hipostasiar su tema: los historiadores intelectuales, como hemos visto, a través de la mitología de las doctrinas; y los historiadores políticos, al asumir que el alma del partido permanece estable por mucho que altere su identidad externa. Por supuesto, es correcto que un partido pueda tener una existencia corporativa continua, pero el organismo relevante rara vez es exactamente “el mismo” en cada etapa de su evolución (Mair, 2004). De hecho, ha sido una queja común desde los días de Bolingbroke¹⁷ que un partido ha “robado la ropa” de otro (Skinner, 1974).

158

Sin embargo, al adoptar las políticas de un rival, sería igualmente cierto decir que se ha apropiado de la esencia ajena misma, ya que el mensaje de un partido es parte integral de su identidad. Los líderes cambian, los electores cambian, las políticas cambian y la retórica cambia. Esta dinámica ha sido ilustrada hábilmente en el caso de la democracia cristiana en los Países Bajos, Alemania, Bélgica, Austria e Italia: los intereses originales que esos partidos pretendían promover son completamente distintos de los propósitos reales que llegaron a servir (Kalyvas, 1996). Por otro lado, si bien los orígenes de los partidos son muy diferentes al de sus objetivos posteriores, estos objetivos están sujetos a revisión a lo largo del tiempo. Al final de esos procesos de transformación, es poco lo que perdura a lo largo de todo el curso de sus desarrollos históricos particulares. Por esta razón, la existencia corporativa que el historiador político rastrea al seguir la suerte de un partido a menudo se disuelve al examinarla más de cerca, reflejan series de variaciones perpetuas. Es en parte debido a estos cambios y mutaciones, que a veces se considera, que la doctrina proporciona continuidad. Dos ilusiones ópticas trabajan para confirmarse mutuamente: la ideología proporciona la apariencia de una realidad institucional continua, mientras que la existencia institucional crea la impresión de un núcleo ideológico estable.

Sin embargo, detrás de todo esto, se nos ha llevado a concluir que se produce una transformación perpetua.

3. El mito de Burke

¿Adónde nos lleva todo esto? No cabe duda de que el sustantivo *conservadurismo* se ha utilizado de muchas maneras, y que el adjetivo mismo se ha aplicado de iguales formas. Una proporción considerable de ellas se han empleado en el ámbito político, afectando a nuestra comprensión de las doctrinas, los movimientos y los partidos, sobre todo a raíz de la proliferación de ideologías desde principios del siglo XIX. Sin embargo, hasta ahora no hemos logrado reducir esta plétora de interpretaciones a un único concepto que responda a la pregunta: ¿qué es el conservadurismo?

17 Henry St John, vizconde de Bolingbroke. Fue un político y funcionario de gobierno de principios del siglo XVIII.

No hemos sido capaces de definir lo que denota una actitud o forma de vida específica, ni en una teoría única, conjunto de axiomas, serie de políticas, ni en un partido determinado cuya identidad haya sido constante a lo largo del tiempo. Las figuras públicas y los académicos han intentado determinar lo que representa, pero ninguno de estos intentos ha logrado una definición integral. Las diversas luchas por aislar el “espíritu” del conservadurismo como la ambición de reivindicar el “corazón” del liberalismo, o la “esencia” del socialismo se ven mejor como intervenciones diseñadas para establecer una agenda ideológica.

Se trata, como dijo Nietzsche, de movimientos para ejercer el «privilegio señorial de dar nombres» (Nietzsche, 1994: 13). El conservadurismo de Oakeshott y Huntington, como el liberalismo de Hayek y Rawls, refleja un esfuerzo por fabricar un ideal, por delimitar un territorio, por etiquetar para legitimar un sistema particular de valores.

Sin duda, la actividad de etiquetar está inspirada en el esfuerzo de comprender, pero uno de sus efectos es excluir significados alternativos, monopolizar la validez bautizando una y otra vez. Pero si el conservadurismo no es equivalente a un estado de ánimo o una práctica, o una colección de principios, o una empresa, ¿no podríamos descubrir en una tradición conservadora, una fuente original de la que ha surgido la diversidad del uso posterior?

Muchos comentaristas aceptan que el conservadurismo no es una teoría estática, ya que sus preceptos se han ido desarrollando a lo largo de los siglos, aunque creen que debe reconocerse como un legado que se ha ido modificando en el proceso de evolución a lo largo del tiempo. Por consenso general, esta tradición fue inaugurada por Edmund Burke.

Iain HampsherMonk afirmó que Burke elaboró una “visión de la naturaleza humana y de la sociedad en la que se han basado los conservadores y a la que han apelado desde entonces” (HampsherMonk, 1992: 261). Sin embargo, es bien sabido que las ideas de Burke tuvieron poco apoyo en el debate político partidario entre las guerras napoleónicas y la emancipación católica (Sack, 1987). Más aún, recientemente Emily Jones ha demostrado cómo, en el contexto británico, Burke no fue adoptado en el panteón del conservadurismo hasta mediados de la década de 1880, en un momento en que el Partido Conservador británico estaba negociando la crisis del *Home Rule* (Jones, 2017). De ello se desprende que Burke no ha sido invocado como un icono conservador “desde” que se publicaron las obras que se han utilizado para definir su posición. Sin embargo, es igualmente claro que Burke se convirtió en una piedra de toque del conservadurismo moderno para algunos, incluso si otros lo han cooptado para diversas causas rivales. La historia de la *canonización* de Burke puede dividirse en varias etapas y en varios lugares: Alemania, Francia, Estados Unidos y Gran Bretaña (Fitzpatrick y Jones, 2017). Un momento crucial fue su resurrección por parte de los “nuevos conservadores” en Estados Unidos, que ya estaba en marcha al comienzo de la Guerra Fría (Crick, 1955; Maciag, 2013). A continuación se produjo una reacción que buscaba combinar el liberalismo con el conservadurismo, ejemplificada por el ensayo de Samuel P. Huntington de 1957, en el que propuso que un programa conservador era necesario para la supervivencia de la tradición de la política liberal en Estados Unidos (Huntington, 1957).

En cierto sentido, la tesis de Huntington era una reelaboración del argumento *humeano* de que la autoridad era una condición previa de la libertad genuina (Hume, 1985b). Sin embargo, en su contexto estadounidense contemporáneo, el objetivo fue exponer la política de Russell Kirk¹⁸

18 Historiador, filósofo político y crítico social norteamericano reconocido por estudiar el pensamiento conservador de los Estados Unidos en el siglo XX con su obra *The Conservative Mind: From Burke to Santayana*

como un ejercicio de nostalgia reaccionaria (Kirk, 1953). En opinión de Huntington, personas como Kirk anhelaban ideales que no tenían un contenido estadounidense.

Por encima de todo, sus valores no tenían ninguna posibilidad de coincidir con los ideales reinantes de la cultura liberal. Sin embargo, desde la perspectiva de Huntington, esta incapacidad para adaptarse al liberalismo no condujo al conservadurismo, sino a una reacción abierta. Parecía que de ello se deducía que el objetivo para los Estados Unidos de los años cincuenta no debía ser recuperar valores redundantes, sino preservar el acuerdo liberal imperante. En oposición al libro “La tradición liberal Norteamericana” de Louis Hartz, Huntington pensó que Estados Unidos ya no podía contar con ese consenso. En cambio, tendría que sustentarse en principios conservadores. Para ello, Huntington recurrió a Burke como “el arquetipo conservador” (Kirk, 1953: 456). El burkeanismo le parecía a Huntington lo suficientemente adaptable como para adaptarse a los grandes cambios en las circunstancias históricas. En esto seguía la descripción reciente que Leo Strauss hizo de Burke como un renegado de la jurisprudencia del derecho natural (Strauss, 1953: 318-319). Según esta lectura, Burke ofrecía los medios para legitimar las instituciones existentes sin prescribirles ningún contenido particular.

Pero pronto quedó claro que este Burke “flexible” era portador de un mensaje rígido. Huntington resumió esta idea en seis máximas esenciales:

160

- Primero, que una sanción divina “infundía” un orden legítimo;
- Segundo, que la prescripción es el título último para gobernar;
- Tercero, que el prejuicio triunfa sobre la razón;
- Cuarto, que la comunidad es “superior” al individuo;
- Quinto, que los hombres son socialmente, si no moralmente, desiguales; y finalmente,
- Que los intentos de aliviar los males existentes “normalmente resultan en males aún mayores” (Huntington, 1957: 456).

Al plantear estas proposiciones, según el argumento, Burke estaba sentando las bases para una futura filosofía conservadora. Los publicistas y estadistas que reciclaron este credo básico podrían encuadrarse dentro de una tradición *burkeana*.

El problema es que Burke no defendía esos principios. Sí aceptaba que la legitimidad se consolidaba por la costumbre y que la autoridad se sustentaba en una impresión de antigüedad (Burke, 2001: 171), pero también creía que el precedente estaba subordinado a la justicia, que se basaba en el derecho natural y no en la convención.

Aunque rara vez se notó, esto se ilustró poderosamente hacia el final del juicio político a Hastings, cuando Burke abogó por el progreso judicial contra el peso de la tradición (Burke, 1794: VII, p. 142). Una respuesta resumida a Huntington ofrece el siguiente resultado: Burke resaltó que la prescripción podía conferir un título para gobernar, no que justificara cualquier uso particular del poder; sostenía que el Estado era un instrumento de una teleología divina, no que la divinidad autorizaba formas particulares de gobierno; creía que disolver el Estado para asegurar la libertad era peligroso, no que la reforma en el sentido ordinario fuera contraproducente (Bourke, 2015: 219 y siguientes, 664 y siguientes, 724, 725, 830 y siguientes). Huntington

(1953).

consideraba a Burke como conservador por excelencia porque su credo parecía priorizar la preservación pase lo que pase, y privilegiar la tradición sobre los derechos. Sin embargo, Burke nunca se dedicó por completo a las costumbres inmemoriales, los rituales de la tradición o la autoridad del hábito. Cada uno de ellos desempeñó un papel en un marco más amplio de valores dedicados a garantizar los derechos humanos (Bourke, 2015: 220, 438, 502, 503, 595, 629). Su trayectoria revelaron a un crítico constante de las instituciones establecidas, un reformador abierto, tanto a la reconstrucción gradual como a la radical (Bromwich, 2014). De hecho, fue desde esta perspectiva que muchos contemporáneos y seguidores posteriores lo vieron.

Por ejemplo, los contemporáneos alemanes se maravillaban de la capacidad de Burke para combinar la visión filosófica con la experiencia práctica. Esto, según sostenía el funcionario hannoveriano Ernst Brandes, lo llevó a preferir los instrumentos de la reforma, frente a los métodos de la revolución violenta (Brandes, 1791: 1903-1904). Sin embargo, esto no se presentó como un ejemplo de algún tipo de tradicionalismo. De hecho, August Wilhelm Rehberg, contemporáneo de Brandes, llegó a la conclusión opuesta. Para él, las “Reflexiones sobre la Revolución Francesa” de Burke, ilustraron las virtudes del gobierno mixto, actuando así como una inspiración para que los comentaristas alemanes promovieran reformas sociales y políticas en sus propios territorios. Esto, sostenía enfáticamente lo opuesto a proporcionar refugio a formas de vida anticuadas, que solo implicaría la perpetuación del abuso (“Verewigung des Misbrauche”) (Rehberg, 1791: 566).

De manera similar, para el traductor de Burke, Friedrich Gentz, las *Reflexiones* eran menos una negación de la primacía de los derechos, que una diatriba contra su crasa aplicación errónea (Green, 2014). La idea de que Burke era un apóstata que abandonó la causa de la libertad no se popularizó en el contexto alemán antes de los escritos de Adam Müller (1936: 18). Fue en contra de esta imagen que Heinrich von Sybel¹⁹, el alumno de Savigny y Ranke, trató de recuperar la integridad de Burke. Para lograrlo, se vio obligado a cuestionar las opiniones anteriores de Friedrich Schlosser (1843, 1844), Friedrich Dahlmann (1835) y Johann Droysen (1846).

Von Sybel desarrolló el relato más sofisticado de la política de Burke en la Alemania del siglo XIX, basado fundamentalmente en la disponibilidad de correspondencia publicada recientemente (Von Sybel, 1847a). Buscó sobre todo corregir la historia foxista, que se había infiltrado en la literatura alemana, de que motivos bajos habían llevado a Burke a la apostasía respecto de Francia. En un escrito en vísperas de 1848, cuando todavía esperaba que el Estado prusiano implementara reformas liberales en Alemania, von Sybel creía que la Revolución Francesa había intentado infligir una concepción insostenible de la soberanía popular a la política moderna. El “llamado de la libertad” (*Freiheitsruf*) de 1789 pronto se había desviado hacia la tragedia, reflexionó en su *Geschichte der Revolutionszeit*, preguntándose además si toda esperanza utópica llevaba en sí las semillas de su corrupción (Von Sybel, 1853-1879: II, p. 3). Von Sybel creía que Burke había sido el principal intérprete de los fracasos de la Revolución, que el propio von Sybel explicaba en términos de un compromiso con un ideal de autogobierno, que militaba contra un gobierno constitucional moderado (Von Sybel, 1847a: 1718). Las predicciones de Burke, continuó, parecían tan válidas en 1846 como lo habían sido en 1790 (Von Sybel, 1847a: 20). Sin embargo, el relato de Burke no implicaba un conservadurismo disposicional inherente: en cambio, como lo veía von Sybel, implicaba la disponibilidad de un futuro más progresista.

19 Historiador, político y archivero alemán. Fue miembro de la Cámara de Representantes de Prusia (1862-1864), del Reichstag de la Confederación Alemana del Norte (1867-1871) y de la Cámara de Representantes de Prusia (1874-1880).

El punto clave aquí es que en 1789 chocaron visiones opuestas del futuro, cada una de ellas afirmando, a su manera, estar comprometida con el avance de la sociedad. No había un “movimiento de progreso” objetivo al que se opusiera un “movimiento de reacción”. Por el contrario, existían programas antagónicos que podían ser vistos como “conservadores” o “progresistas” según el punto de vista de cada uno. Estos se estaban formando en bandos rivales que la historiografía ha empaquetado retrospectivamente en **conservadurismo**, **radicalismo** y **liberalismo**. Si bien Burke rechazó todos los programas que se ofrecían basados en la destrucción de la realeza en Francia, también era hostil a los intentos destacados de inflar el papel de un monarca ilustrado, como los defendidos, por ejemplo, por Antoine de Rivarol (1791). Burke estaba a favor de reformar Francia por medio de los instrumentos disponibles, enfrentándolo a los partidarios incondicionales de la Constitución del Antiguo Régimen. La vehemencia con la que Burke expresó su consternación por los acontecimientos franceses lo convirtió en un aliado problemático para los defensores de una política renovada después de 1789. No obstante, su influencia sigue siendo evidente desde Germaine de Staël hasta Alexis de Tocqueville. En sus *Consideraciones sobre los principales acontecimientos de la Revolución francesa*, iniciadas en 1813, de Staël se opuso a los intentos aristocráticos de cooptar a Burke como partidario de un gobierno irresponsable y recordó a sus lectores que en “cada página” el *Whig británico* había reprochado a los franceses el no haber logrado establecer un sistema mixto de gobierno después de que Luis XVI se embarcó en la reestructuración de su régimen (De Staël, 2008: 306). Esto significa que, en la Restauración, los escritos de Burke estaban siendo recibidos con simpatía por los oponentes de una corriente de política conservadora en Francia.

Ese proceso continuó hasta la década de 1850. Alexis de Tocqueville se distanció ansiosamente de los escritos de Burke sobre asuntos franceses. No obstante, su dependencia del análisis de Burke es una característica notoria, aunque subestimada, de *L'Ancien régime et la Révolution*. Inmediatamente después de leer el extenso ensayo en dos partes de Charles de Remusat sobre la carrera de Burke en 1853, de Tocqueville comenzó a sopesar su propia comprensión de la *Revolución* frente a las opiniones presentadas en toda la gama de intervenciones de Burke sobre el tema (De Remusat, 1753). A medida que avanzaba, al igual que von Sybel y de Remusat antes que él, pudo recurrir a nuevas pruebas que recientemente se habían puesto a disposición gracias a la edición de 1844 de la correspondencia de Burke (Bourke y Fitzwilliam, 1844). Examinó este material con un objetivo particular en mente.

Quería contrastar su propia percepción de las causas profundas de la agitación revolucionaria con lo que él veía como “influencias accidentales próximas”, supuestamente puestas en primer plano por Burke (Gannett, 2003: 57-65). En este contexto, se aferró a lo que él consideraba una celebración de Burke de los méritos de la nobleza en Francia como constituyente de una grave divergencia de su propia crítica de las costumbres aristocráticas (De Tocqueville, 1988: I, pp. 156, 157). Sin embargo, Burke de hecho se había preocupado por las divisiones entre las Órdenes en Francia, notando en particular la antipatía entre la riqueza y los títulos (Burke, 2001: 274). Esto podría llevarnos a la conclusión de que Burke desarrolló la primera crítica “liberal” de la Francia del Antiguo Régimen o, más plausiblemente, podría persuadirnos de que las divisiones estándar entre liberales y conservadores sólo oscurecen la compleja diversidad de la política posrevolucionaria.

Inmediatamente después de 1789, la mayoría de los académicos y estudiosos de todo el espectro de preferencias políticas estaban comprometidos con la conservación de algún tipo de libertad. Frente a este objetivo compartido, el historiador tiene la tarea de distinguir la gama de

actitudes que este propósito abarcaba, sin prejuizar posiciones a la luz de los acontecimientos posteriores. Desde la perspectiva del comentario político partidario, hay algo intrínsecamente desorientador en este ejercicio de recuperación, ya que se niega a otorgar puntos a las doctrinas preferidas en el pasado. Burke no tenía la concepción de difundir el dogma conservador, y menos aún de ser un conservador en la tradición de Robert Peel. Se veía a sí mismo como partidario de una corriente progresista del whiggismo.

En condiciones de un conocimiento histórico mundial completo, que nos permitiría inspeccionar la totalidad de la experiencia, cuál **ángel de la historia al final de los tiempos**, podríamos insistir en que Burke era reaccionario después de todo. Entonces podríamos saber con certeza que su visión del progreso era definitivamente contraproducente, un plan de futuro que solo podía hacer retroceder las cosas. Mientras tanto, como historiadores sin acceso a los contornos del futuro, lo mejor que podemos hacer es reconstruir su pensamiento con un espíritu de neutralidad. Eso incluye estar preparados para captar su visión de la historia desde su propio punto de vista (Sato, 2018). Desde ese ángulo, Thomas Paine y Richard Price fueron agitadores retrógrados que amenazaron con devolver la política a la agitación de la época anterior. Huelga decir que sus propias descripciones de sí mismos eran completamente diferentes y que igualmente necesitan una interpretación desapasionada. Reensamblar estas perspectivas pasadas sobre posibles formas de política futura, no implica descubrir caminos lineales hacia un mundo por venir. En cambio, implica examinar reliquias intelectuales que luego fueron retomadas, adaptadas y transformadas. Este proceso luego dio lugar a que los escépticos históricos se esfuerzan por aplicar su inteligencia a este proceso, en lugar de exhibir su parcialidad en favor de un jugador en particular.

4. A la sombra de la Revolución Francesa

La idea de que este drama de progreso y reacción puede organizarse en claras alternativas morales es una ilusión creada en parte por la filosofía de la historia. El compromiso con una doctrina del progreso histórico, desarrollada de diversas maneras por figuras como Condorcet, Kant y Hegel, combinada con la idea de que la Revolución Francesa era una etapa en el camino hacia un futuro benigno, dio como resultado una visión del progreso histórico mundial que ensalzaba los acontecimientos posteriores a 1789 como un avance hacia el cumplimiento de ideales morales y políticos más elevados. Por extensión, se suele afirmar que antes de esa fecha los valores sociales estaban sumidos en la regresión: eran supersticiosos, jerárquicos, opresivos e inicuos. Es interesante que las teorías más refinadas no sean mucho más sofisticadas. En su mayor parte, también se inspiran en la autoimagen de la Revolución como la que introdujo un cisma histórico mundial en la política. Después de todo, fue la Revolución Francesa la que originó la idea de un antiguo régimen. El término se ha generalizado posteriormente como un medio para describir lo que se denomina la “vieja” Europa (Gerhard, 1981). A su vez, la noción de que el derrocamiento de la vieja Europa con sus diversos antiguos regímenes ha servido inequívocamente a la causa del mejoramiento secular moderno ha resultado en la censura de los críticos de la Revolución como impedimentos en el camino hacia un futuro. Según esta visión, el conservadurismo tuvo sus orígenes en un movimiento de oposición hostil al potencial progresista de 1789. De ello se desprende que Edmund Burke, como principal adversario de la Revolución, es considerado el creador de esta ideología conservadora.

En lo que respecta a esta interpretación, la tradición del conservadurismo no comenzó sólo con Edmund Burke; sus orígenes se encuentran más específicamente en su oposición a 1789. Esta

perspectiva ha germinado una literatura masiva que abarca el siglo XX (Beneton, 1996: 115 y ss.; Rachfahl, 1923: I, pp. 1021 y ss.; Rossiter, 1968, 1979: III, pp. 290 y ss.; Vierhaus, 1973: I, pp. 481 y ss.; Von Klemperer, 1966-1972: III, pp. 848 y ss.). “En Burke”, escribió Lord Hugh Cecil²⁰ (1912), “el conservadurismo encontró a su primer y tal vez mayor maestro” (Cecil, 1912: 40). Como era bien sabido que Burke había sido una figura notable dentro del partido Whig, de Rockingham y, tras la muerte de Rockingham, aliado de Charles James Fox y del duque de Portland, Cecil se vio obligado a explicar el aparente cambio de Burke del Whiggismo al conservadurismo. Según Cecil, las *Reflexiones*, que se publicaron en noviembre de 1790, anunciaron un cambio que se materializó seis meses después. El 6 de mayo de 1791, al debatir el proyecto de *ley de Quebec* en el pleno de la Cámara de los Comunes, Burke chocó con su socio Charles James Fox sobre el significado de la Revolución en Francia (Cecil, 1912: 43). Cuando los Whigs de Portland se dividieron, supuestamente nació el conservadurismo.

En consecuencia, se considera que la ideología conservadora surgió como un antídoto a las “ideas de 1789”. Para Cecil, este cambio fue más un ajuste que una reorientación fundamental, ya que el whiggismo de Burke siempre había sido de carácter conservador. Este fue un veredicto que pronto se convertiría en un lugar común. En este sentido, FJC Hearnshaw²¹ se alegró de describir a Burke en su relato de 1933 sobre la historia del conservadurismo en Inglaterra como un “viejo whig”, y al whiggismo a su vez como una ideología conservadora en el siglo XVIII (Hearnshaw, 1933: 165).

164

Hubo una época en la que los escritos de Platón se presentaban como un ejemplo de la política totalitaria, y en la que la obra de Hobbes se interpretaba como la personificación del absolutismo (Kavka, 1986: xii, 4; Popper, 1945: I, *passim*). De manera similar, en la década de 1950, Locke todavía era visto como una fuente principal de la ideología liberal, y Rousseau como una figura central en la creación del pensamiento democrático moderno (Hartz, 1955: *passim*; Schumpeter, 1942: cap. 21). A estas alturas, cada una de estas construcciones improbables ha sido desmantelada por los estudiosos, y sólo persiste en los escritos históricos más anticuados. Sin embargo, el trabajo sobre la década de 1790 ha quedado atrapado en un paradigma heredado que organiza a los pensadores en bandos progresistas y reaccionarios (Claeys, 2007; Philp, 2014). En este marco, Kant es interpretado como un patrón del liberalismo moderno, mientras que Burke es definido como su antítesis rígida (Dworkin, 1977: 5). Cuando sus contemporáneos se alinean en formación de batalla, como suele ocurrir, Price y Constant son extrañamente alineados con Kant, mientras que De Maistre y De Bonald son identificados confusamente con Burke. Una reconstrucción histórica adecuada, dedicada a investigar los principios que realmente propugnan los individuos, tiende naturalmente a socavar la integridad estructural de estos bandos.

Independientemente del carácter de la política real de Burke –a pesar de la complejidad de sus relaciones con los pensadores contemporáneos– las historias, antologías y polémicas desde los años 1950 han tendido a repetir la tesis básica de que debería ser visto, en efecto, como un “archiantagonista” de los derechos humanos y, en consecuencia, el progenitor del conservadurismo moderno. En Clinton Rossiter, Peter Viereck, Hans Barth, Noël O’Sullivan y Corey Robin, se nos presenta la idea de que el conservadurismo “deliberado” tuvo sus raíces como

20 Político miembro del Partido Conservador británico. Sirvió como teniente del Real Cuerpo Aéreo en el estallido de la Primera Guerra Mundial

21 Fossey John Cobb Hearnshaw, historiador británico especializado en la Edad Media. Tuvo una concepción conservadora del pasado.

un movimiento autoconsciente en la reacción a 1789 (Barth, 1958: 6; Greiffenhagen, 1971: 43; O'Sullivan, 1976: 9; Robin, 2011: 3, 19, 42; Rossiter, 1955: 16; Viereck, 1956: 10). En cada caso, a Burke se le otorga un papel protagónico en el drama de la oposición. Más recientemente, Iain HampsherMonk ha afirmado que el liberalismo, el radicalismo y el conservadurismo estaban presentes “conceptualmente” en los escritos de Burke y que, en efecto, él inauguró el lenguaje conservador moderno al oponerse a los planes de transformación secular a gran escala promovidos por la Revolución (Hampsher Monk, 2015: 89, 90). Sin embargo, el hecho es que el propio Burke estuvo comprometido con el progreso mundial, presentado en las *Reflexiones* como una perspectiva de mejora secular que envolvía las ciencias, las artes y la moralidad (Burke, 2001: 261). Es cierto que el pensamiento político europeo estuvo fuertemente marcado por la Revolución Francesa. A partir de ese momento, las visiones del progreso a menudo se orientaron a partir de las expectativas formadas a la luz de 1789. También es cierto que Burke se opuso a una imagen particular del futuro, abogando en cambio por lo que él creía que era una alternativa positiva. Podríamos incluso burlarnos hoy de esta alternativa, desde la perspectiva del siglo XXI, pero eso difícilmente implica que el progreso burkeano inaugurará el conservadurismo como respuesta a los acontecimientos europeos de finales del siglo XVIII. Más aún, aunque Europa se vio fuertemente afectada por los acontecimientos de 1789, la Revolución no constituyó una ruptura tan definitiva con los precedentes como para que los oponentes de sus objetivos originales se convirtieran en obstáculos en el camino del progreso.

165

La idea de una vía revolucionaria para llegar al futuro es problemática desde varios ángulos. En primer lugar, está la ausencia de una mejora gradual –y también, en este sentido–, de un deterioro necesario. Por ejemplo, es difícil creer la creencia de que los acontecimientos de 1793-1794 fueron una continuación directa de 1789: a pesar de los argumentos de François Furet, una monarquía reconstruida al comienzo de la Revolución no “implicaba” el establecimiento de una república purificadora en los años siguientes (Furet, 1988). De manera similar, es difícil ver cómo la reacción termodoriana, el Directorio, Bonaparte, la Restauración y la Revolución de Julio formaron todas por igual parte de un proceso coherente de mejora. La idea de que ilustran una “lógica” de decadencia no es menos convincente. Lo que cada uno de estos episodios señala no es simplemente el hecho de que no hubo un desarrollo unilineal después de la toma de la Bastilla. También subrayan el hecho de que –como cualquier otro proceso– la Revolución no pudo escapar a la historia que algunos de sus arquitectos intentaron purgar. Por esa razón, parece extraño concluir que la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, por ejemplo, inauguró un modelo para el futuro. Muchos de sus principios estaban arraigados en el pasado y ninguno de ellos apuntaba directamente al futuro (Rials, 1988). Mi punto aquí es más bien general, pero equivale a recordar que la Revolución no fue una disyunción completamente radical; que su curso dejó en claro su incapacidad para superar lo que había sucedido antes; y que sus valores fueron multifacéticos, incongruentes y contradictorios. Como los principios chocaron y se modificaron en el proceso, no hubo una trayectoria ininterrumpida que se extendiera hacia adelante, ningún movimiento no mediado de ideas. Si la Revolución de hecho significó progreso, solo pudo haber sido a expensas de sus ideales originales.

He sostenido que es muy difícil mantener el argumento de que la Revolución Francesa representó una ruptura decisiva entre el idealismo liberal y el despotismo feudal. Por implicación, las historias que dependen de ella para su orientación normativa corren el riesgo de imponer al curso de los acontecimientos una cuadrícula interpretativa distorsionadora. Pero si las narraciones moralizadas de la Revolución están mal preparadas para orientar el juicio histórico a la hora

de trazar el desarrollo de los acontecimientos franceses, sin duda son todavía más problemáticas como medio para interpretar la política europea en su conjunto. Los complejos procesos de guerra, insurgencia, colusión y reacción que comenzaron en 1791 y que abarcaron a Gran Bretaña, los Países Bajos, España, Italia y el Sacro Imperio Romano Germánico no pueden ser captados por las posiciones polares de “apoyo” y “oposición” a 1789. El resto del mundo fuera de Europa, presenta una historia aún más complicada. La historia estadounidense no puede verse como una reacción a 1789; y menos aún la china, la india, la iraní o la coreana. Por supuesto, sería extraño afirmar que la India en 1947 o la China después de 1966 no tenían “ninguna relación” con los acontecimientos de la Francia de fines del siglo XVIII; no obstante, una conexión mediada no debe confundirse con una consumación (Hui, 2008). En consecuencia, si nuestra concepción predominante del conservadurismo como una reacción contra la dinámica de avance de 1789 es tan simplificadora que resulta fundamentalmente errónea, la expectativa de que se pueda de alguna manera categorizar la política mundial a lo largo de un “espectro” de izquierda a derecha está destinada al fracaso (Anderson, 2005).

166

Muchas de las perspectivas históricas y teóricas que he estado explorando en relación con la idea del conservadurismo se reunieron en un único tema en 1927. Ese año, Karl Mannheim publicó su estudio en dos partes de “Das konservative Denken” en las páginas del *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*. El artículo tenía sus orígenes en su *Habilitation* de 1925, y que más tarde sería revisado para su publicación en inglés. Su argumento debe verse como parte de una ambición más amplia, compartida por su contemporáneo Max Scheler, que apuntaba a comprender “estilos” de pensamiento históricamente variados (Scheler, 1960: VIII, pp. 9 y siguientes).

Mannheim creía que el término *conservador* tenía su origen político en la defensa de la Restauración clerical y política francesa, tomando su origen del título de la revista de François René Chateaubriand que llevaba ese nombre (Mannheim, 1953: 98). De hecho, la idea de un programa “conservador”, diseñado para preservar la herencia de 1789, fue anunciada al comienzo mismo de la Revolución. Ya en 1794 había aparecido impreso un periódico parisino dedicado a los “verdaderos principios democráticos”, *Le Conservateur* (Vierhaus, 1972-1997: III, p. 537). El objetivo de la publicación, más precisamente, era preservar “las virtudes que pueden fortalecer el régimen social de la República Democrática Francesa” (Ruault, 1794). En 1830, la palabra fue utilizada por primera vez para describir a un partido establecido, en este caso el Partido Conservador de Gran Bretaña e Irlanda (Croker, 1830: 276). En 1841, se proclamaba en Alemania la necesidad de un “Partido conservador” (Huber, 1841). Desde finales de la década de 1860, una serie de aspirantes al título en Prusia respondieron a esa llamada (Vierhaus, 1972-1997: 562-563). Sin embargo, el objetivo de Mannheim no era rastrear la suerte de una frase, sino examinar cómo los valores políticos se vinculaban con las vicisitudes de distintos grupos sociales, generando en el proceso, patrones específicos de pensamiento. El pensamiento conservador presentó un ejemplo histórico particular.

La mentalidad conservadora que interesaba a Mannheim no era el «tradicionalismo» convencional, que, como señaló, ya había sido investigado por Weber. En *Wirtschaft und Gesellschaft* se lo definía como una inhibición «psicológica general» contra el «cambio de los modos de acción habituales» (Weber, 1978: I, pág. 37). En comparación, para Mannheim el conservadurismo real representaba menos una forma típica de comportamiento, o incluso un impulso antropológico general, que una cosmovisión específica que podía basarse en un instinto básico pero que, a diferencia del tradicionalismo, era un «contramovimiento» histórico consciente y

reflexivo (Mannheim, 1953: 99). La Revolución Francesa, pensaba, tuvo un efecto «catalizador» en su surgimiento. En consecuencia, la política francesa y europea se polarizó aún más, y finalmente engendró el liberalismo y el socialismo junto con el conservadurismo (Mannheim, 1953: 77, 79). Las primeras semillas de esta nueva “Denkweise” (mentalidad) supuestamente habían surgido en el pensamiento de Justus Moßer, secretario de la Ritterschaft de Osnabrück, Westfalia. Pero, continuó Mannheim, el conservadurismo realmente floreció con el surgimiento del Romanticismo. Éste, afirmó, era un fenómeno especialmente alemán arraigado en una forma de “atraso” social que alentaba una revuelta contra los principios de la ley natural de la cultura “burguesa” ilustrada. El principal estímulo intelectual para esta visión del mundo aparentemente antiilustrada provino, observó Mannheim, de los escritos de Burke. Fue más allá: Burke fue de hecho “el iniciador del conservadurismo antirrevolucionario moderno” (Mannheim, 1953: 82, 134).

El esquema básico del argumento de Mannheim sobrevivió más allá de mediados de siglo y sirvió de base para la tesis general de *La génesis del conservadurismo alemán*, de Klaus Epstein²², que sigue siendo la obra académica más autorizada en este campo. Epstein, quien huyó de Alemania a los Países Bajos, y luego a los Estados Unidos a principios de la década de 1930, presentó su argumento adaptando las conclusiones principales de dos predecesores. El primero fue el propio Mannheim, el segundo, el historiador centroeuropeo Fritz Valjavec, un destacado practicante de la Ostforschung bajo el Tercer Reich, cuya obra de 1951, *Die Entstehung der politischen Strömungen in Deutschland* atribuyó el surgimiento del conservadurismo en los países de habla alemana a la oposición al progreso de la Ilustración, hacia la década de 1780. La innovación de Valjavec fue rastrear el conservadurismo político hasta la Alemania prerrevolucionaria, alejándose así de la descripción de la década de 1790 como el único hito relevante. Pero, al examinar más de cerca, la afirmación se aleja menos de la investigación convencional de lo que parece. En lugar de la idea de que la Revolución marcó una ruptura, Valjavec sustituyó la idea por una teleología derivada, que presentaba los conflictos de las décadas anteriores a la Revolución como una especie de ensayo general de las luchas que estallaron después de 1789. En un relato esquemático de las corrientes intelectuales de finales del siglo XVIII que en nuestros días ha encontrado una expresión renovada en la obra de Jonathan Israel (2011), la contienda política se explicaba enfrentando al establishment contra dos “movimientos”: un movimiento por una reforma moderada por un lado, y uno por una reconstrucción radical por el otro (Valjavec, 1951: 11; Valjavec, 1954: 260,261). Al igual que Valjavec, Epstein comenzó su historia con la oposición a la Ilustración. Pero también siguió a Mannheim al interpretar la Revolución como una intensificación de las polaridades que comenzaron a surgir en las décadas anteriores. Para los tres comentaristas, entonces, el período alrededor de 1789 podría dividirse en “partidos” opuestos: un “partido de movimiento” por un lado, como lo expresó Epstein, y un partido dedicado al *status quo* por el otro (Epstein, 1966: 10).

Sostengo que no es posible identificar algo tan coherente como un “partido de movimiento” en Alemania, Francia o Gran Bretaña individualmente, y mucho menos en Europa en su conjunto. De la misma manera, no existía nada tan determinado como un “establishment” consolidado contra el cual pudieran haberse dirigido corrientes de disenso. ¿Eran la monarquía francesa y los parlamentos el mismo establishment? ¿Constituían los jurados británicos y la Cámara de los Lores un único campo de fuerza? Los diferentes Estados de Europa variaban en el grado de su

22 Historiador alemán con nacionalidad norteamericana. Fue un estudioso del conservadurismo alemán y miembro del Partido de Centro Matthias Erzberger.

integración, pero por lo general mostraban cierta división entre sus poderes. Este hecho puede ser útil tenerlo en cuenta cuando los comentaristas eluden la estructura de las políticas europeas del siglo XVIII en virtud de su dependencia del concepto genérico de un establishment. A pesar de la debida sensibilidad hacia los detalles, Epstein presentó el conservadurismo que encontró en Burke como una defensa de un régimen genérico contra el proceso de la Ilustración. De hecho, describió las *Reflexiones* de Burke como si contuvieran “casi todos los elementos de la postura conservadora general”. Debido a esto, concluyó, Burke podía considerarse el “tipo ideal” de conservadurismo en su conjunto (Epstein, 1966: 13). Pasaré por alto el hecho evidente de que no existía nada parecido a un orden político único en la Europa prenapoleónica contra el cual pudiera oponerse una Ilustración unificada. En el proceso, dejaré de lado el hecho de que incluso Osnabrück, de cuyas fortunas se ocupaba principalmente Moser, fue un régimen mixto en el que se enfrentaron distintas fuerzas de gobierno. Permítame entonces referirme al ejemplo pertinente: el aparente establishment que Burke supuestamente pasó su vida defendiendo.

5. Burke en contexto

168

La política británica del siglo XVIII se desarrolló a la sombra de la Revolución Gloriosa y de los grandes levantamientos insurreccionales que la precedieron en las décadas de 1640 y 1650. Los conflictos de mediados del siglo XVII fueron de naturaleza política y eclesiástica. El acuerdo alcanzado entre 1688 y 1691, y consolidado en el transcurso de las dos décadas siguientes, adoptó necesariamente la forma de una Constitución de la Iglesia y el Estado (Clark, 2000). Esta Constitución, en tanto que compromiso, fue objeto de interpretaciones divergentes, incluso antagónicas (Dickinson, 1977). Al ingresar al Parlamento en 1766, poco más de media década después de la ascensión al trono de Jorge III, Burke se convirtió en partidario de los *rockinghamitas* en la Cámara de los Comunes y, en consecuencia, en defensor de un análisis particular sobre cómo se podría asegurar mejor el futuro de la constitución. En esa aventura, pasó casi toda su carrera en la oposición (Lock, 2012), lo que implicó discrepar de los gobiernos del conde de Chatham, el duque de Grafton, lord North y William Pitt el Joven, lo que significó cuestionar la política interna, pero también diversos aspectos de la administración del Imperio, sobre todo en Irlanda, en las colonias americanas y en el subcontinente indio (O'Brien, 1992).

Estar fuera del gobierno no siempre implicó apoyar medidas antigubernamentales. Por ejemplo, Burke se comprometió constantemente a defender la tolerancia religiosa, aunque en 1772 se puso del lado del ministerio contra una petición para eximir al clero de la iglesia de Inglaterra de la profesión obligatoria de la doctrina de la trinidad (Burke, 1772). A principios de la década de 1780 colaboró con la Asociación de Yorkshire en un esfuerzo por reducir los poderes a disposición de la corona, y luego, en el gobierno en 1782, mientras ocupaba el puesto de pagador general de las fuerzas armadas, redactó un extenso “proyecto de ley de establecimiento” cuyo propósito era reducir el fondo de patrocinio disponible para la corte y, por lo tanto, la capacidad de la corona para cooptar a miembros del parlamento (Burke, 1782: XXIII, cols., 121-127). Sin embargo, en el mismo período se posicionó en contra de los planes para la reforma profunda de la representación del Estado. En este sentido, hizo pública su aversión a los parlamentos más cortos, a los mandatos vinculantes de los miembros del parlamento y a la idea de la representación “personal” (Burke, 1808-1813).

Los historiadores ideológicamente *partidistas* podrían optar por interpretar estas posturas como una hostilidad desenfadada hacia reformas saludables que miraban sonrientes hacia el futuro. El problema con ese partidismo no es simplemente su negativa a atender, por ejemplo, a lo

que podrían considerarse las buenas razones para objetar los parlamentos anuales en la Gran Bretaña del siglo XVIII, entre las que se encontraba, en particular, la plausible conjetura de que parlamentos más frecuentes significarían un control ejecutivo más estricto sobre la legislación. Pero la parcialidad, en este caso, también supone que el futuro debería pertenecer a posiciones cuya credibilidad debería al menos ser debatida. Por ejemplo, la sensatez de los mandatos vinculantes era dudosa en los Comunes del siglo XVIII; se convirtió en un tema controvertido.

La cuestión se planteó en el curso de la Revolución Francesa, y la viabilidad de la medida sigue siendo controvertida hoy en día. Sin embargo, curiosamente, para los historiadores de la llamada Constitución “no reformada”, los defensores de dar instrucciones a los miembros del parlamento eran, de alguna manera, “radicales”, lo que significa que no sólo eran partidarios de una reforma fundamental, sino que también estaban comprometidos con un programa evidentemente progresista (Veitch, 1913).

Para los historiadores modernos, la antipatía que Burke manifestó en la década de 1780 ante la introducción de lo que en ese momento se denominaba una representación “más igualitaria” en la Cámara de los Comunes es lo que puede parecer un compromiso conservador inútil (Cannon, 1973: 84). ¿Cómo podría alguien oponerse a una representación “igualitaria”?

Sin embargo, antes de llegar a conclusiones, debemos plantearnos dos preguntas. En primer lugar, ¿por qué los defensores de la transformación de los principios de representación de la Constitución británica del siglo XVIII que defendían en las décadas de 1770 y 1780 no abordaron el tema del Estatuto Representativo de la Cámara de los Lores? Y, por cierto, ¿por qué no atacaron a la monarquía como una reliquia feudal no representativa? Tal vez sus planes no estuvieran tan en consonancia con la práctica contemporánea como parecen a primera vista. En segundo lugar, nos enfrentamos a una cuestión aún más complicada: ¿la representación democrática, cuya viabilidad Burke aparentemente tuvo la mala educación de cuestionar, se basa realmente en la prestación de una representación “personal”? ¿Son los órganos representativos modernos realmente una encapsulación en miniatura de la oposición arraigada de las voluntades individuales que componen las sociedades del mundo moderno? (Pitkin, 1967; Runciman y Vieira, 2008). Burke tenía razones para creer que tal arreglo nunca sería posible (Bourke, 2015: 589-591). Podemos descartar sus argumentos como conjeturas retrógradas sin examinar su contenido, o podemos dedicarnos a la tarea más exigente de recuperar su significado. Seguramente es tarea del historiador filosófico seguir este último camino.

Si analizamos los pronunciamientos de Burke a lo largo de su carrera política, resulta evidente que era escéptico respecto de las monarquías de Francia y España, así como crítico de las aristocracias del Sacro Imperio Romano Germánico. También fue un destacado crítico de los acontecimientos constitucionales adversos que se produjeron durante el reinado de Jorge III. En ningún ámbito fue más evidente su oposición que en su compromiso con la administración de las provincias y dependencias imperiales (Whelan, 1996). Esto incluía un manifiesto desagradado por una serie de jurisdicciones subordinadas bajo el Imperio, incluidos los acuerdos establecidos en el marco del llamado “Junto” en Irlanda, el ejercicio del poder por parte de la Compañía de las Indias Orientales en el sur de Asia y la configuración constitucional del gobierno de Massachusetts (Pitts, 2005). Aún más acerbamente, Burke cuestionó la disposición de la autoridad imperial en sí, sobre todo en lo que se aplicaba a las colonias americanas y a la India. De hecho, en ambos casos, Burke se vio obligado a defender el derecho a la insurrección armada contra

el gobierno despótico, desafiando la opinión mayoritaria en la madre patria (Bourke, 2015: 498 y siguientes).

Además, la postura de Burke no fue simplemente una acusación indignada, sino que elaboró elaboradas propuestas de reforma. En lo que respecta a la India, las medidas que recomendó, equivalieron a una reconstrucción de los términos en los que se exigía cuentas por las actividades de la Compañía de las Indias Orientales. En el caso estadounidense, su preferencia era restablecer el *statu quo ante* que había prevalecido antes del intento de George Grenville²³ de recaudar ingresos en las colonias. Sin embargo, curiosamente, en 1791, después de la ratificación de la Constitución de Estados Unidos y en medio de la Revolución Francesa, también defendió públicamente los principios del nuevo régimen estadounidense (Burke, 1791: IV, p. 349).

170 Esto nos lleva al quid de la controversia sobre Edmund Burke: ¿por qué defendió la insurgencia violenta en las colonias en 1775 y, sin embargo, reaccionó con tanto horror a los acontecimientos en París en 1789? Frente a esta pregunta, podríamos invertirla: ¿por qué alguien supondría que el curso de la protesta a mediados de la década de 1770 al otro lado del Atlántico tenía algo en común con los acontecimientos durante la Revolución Francesa? El historiador estadounidense Robert Roswell Palmer alentó a generaciones de *dixhuitèmistes* a considerar el período entre 1760 y 1800 como una “era” de revolución democrática, con lo que fusionó explícitamente las experiencias estadounidense y francesa (Palmer, 1959-1964). Sin embargo, vale la pena recordar que la postura estadounidense entre la Ley del Timbre y la Declaración de Independencia estaba orientada a restablecer una comprensión histórica, mientras que los rebeldes en Francia a partir de julio de 1789 se dedicaron al cambio de régimen. Burke vaciló en su respuesta a los acontecimientos franceses del verano y principios del otoño de ese año, pero en noviembre su hostilidad era resuelta e inflexible. Adoptó esta posición por cuatro razones claras: primero, creía que las figuras más exitosas en la vanguardia de la Revolución se oponían radicalmente a todos los medios prescriptivos para asegurar la autoridad del gobierno; segundo, y relacionado con esto, sostenía que el ataque anticlerical a la riqueza corporativa de la Iglesia galicana comprometía la institución de la propiedad *per se*; **tercero, y nuevamente relacionado con esto, pensaba que la antipatía de los legisladores prominentes hacia la religión cristiana socavaría la viabilidad de la vida social; y finalmente, veía los intentos de consolidar el poder de la Asamblea Nacional como una subversión del principio de gobierno mixto (Bourke, 2015: 676-739). No hace falta decir que este catálogo de objeciones se hizo contra una insurgencia que no guarda la más mínima semejanza con los acontecimientos ocurridos en las colonias americanas entre 1775 y 1776, el período durante el cual Burke creía que las provincias podían resistir razonablemente (Clark, 2005).**

Para muchos comentaristas del siglo XIX, la justificación que hizo Burke de la resistencia estadounidense le valió un lugar entre los **ángeles** de la historia. Desde entonces, su reacción alarmada ante los acontecimientos en Francia ha hecho que se le considere como el desencadenante de las fuerzas de la oscuridad. Esta recepción maniquea es aún más notable cuando uno se detiene a considerar lo que Burke estaba defendiendo en realidad en el caso de Francia. Sin duda, apoyaba el papel del privilegio en las sociedades comerciales, pero también lo hacían Emmanuel Joseph Sieyès e incluso Thomas Paine, aunque ambos tenían un sentido diferente de la ventaja legítima (Bourke, 2016: 231-234). Del mismo modo, no puede haber duda de que Burke estaba ansioso por salvaguardar el papel social de la religión, como prácticamente todos

23 Político del partido Whig, antiguo Partido Liberal del Reino Unido. Fue primer ministro de Gran Bretaña entre los años 1763 y 1765.

los demás comentaristas de la Europa del siglo XVIII, aunque es cierto que, a diferencia de algunos contemporáneos, creía en las doctrinas que se presumía de recomendar. Además, como muchas otras figuras que discutieron el tema durante su vida, Burke ciertamente defendía los principios de propiedad y un sistema de rangos. También creía que los principios fundamentales de un sistema político –como las condiciones de legitimidad y la estructura de la Constitución– debían protegerse de cambios periódicos basados en el capricho popular. En su opinión, esto no se trata de un acuerdo dirigido contra el pueblo, sino de una medida profiláctica contra el conflicto perpetuo en un Estado (Conniff, 1977). De alguna manera, la adopción por parte de Burke de estos preceptos familiares del siglo XVIII logra inducir la aprensión entre los lectores modernos pusilánimes, que parecen incómodos con la idea de que se puedan aplicar valores diferentes en otros lugares.

Sin embargo, también podemos preguntarnos si las opiniones de Burke eran en realidad tan completamente diferentes de las nuestras. Su objetivo principal al atacar las «ideas de 1789» no era promover algún tipo particular de propiedad, autoridad y religión, sino proteger a Europa contra la eliminación permanente de cada una de ellas. Hoy podríamos debatir los méritos de las diversas manifestaciones de estas instituciones, pero pocos siguen comprometidos con la destrucción de ellas por principio. Es cierto que entre 1911 y 1918 –entre la Ley del Parlamento del Reino Unido y la Constitución de Weimar– la idea del gobierno por estamentos desapareció del escenario europeo. Un ingrediente clave del mundo que Burke había luchado por salvar ya no era la política práctica. Sin embargo, en lugar de desesperarnos pensando que normas históricas de ese tipo podrían haber sido respetadas, sería mejor que intentáramos entender cómo, para Hume, Smith, Montesquieu, Rousseau, Hegel y Burke por igual, la idea de adaptar el modo de gobierno a un sistema establecido de rangos pudo haber parecido una receta para la paz y la prosperidad. Si vamos a utilizar la historia como herramienta de escepticismo, con la esperanza de desarrollar a su vez una teoría política más creíble, este sería un punto de partida prometedor.

171

5. Agradecimiento

Este artículo surgió de una conferencia que impartí por primera vez en la Fundación Siemens, en Múnich, 2014. Agradezco a Heinrich Meier su invitación en esa ocasión. La investigación para la charla se llevó a cabo en el Wissenschaftskolleg zu Berlin ese mismo año. Una versión del argumento se publicó en alemán en *Leviathan: Berliner Zeitschrift für Sozialwissenschaft* en 2016. Agradezco a Jeremie Barthas, Reinhard Blomert, Philip Manow, Paul Sagar y a los revisores anónimos sus comentarios sobre versiones anteriores de mi texto. Se aplica la exención de responsabilidad habitual.

Declaración de conflicto de intereses

El/los autor(es) declaró(n) no tener ningún posible conflicto de intereses con respecto a la investigación, autoría o publicación de este artículo.

Financiación

El/los autor(es) no recibió(n) apoyo financiero para la investigación, autoría o publicación de este artículo.

6. Literatura citada

- Anderson, P.** (2005). *Spectrum: From Right to Left in the World of Ideas*. London: Verso.
- Barth, H.** (1958). Einleitung. In: Barth H (ed.) *Der konservative Gedanke*. Stuttgart: K. F. Koehler Verlag.
- Bell, D.** (2016). What is liberalism? In: Bell D (ed.) *Reordering the World: Essays on Liberalism and Empire* Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Bénétton, P.** (1996). Conservatisme. In: Raynaud P and Rials S (eds) *Dictionnaire de philosophie politique*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Bourke, R.** (2012). *Peace in Ireland: The War of Ideas*. London: Random House.
- Bourke, R.** (2015). *Empire and Revolution: The Political Life of Edmund Burke*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- 172 Bourke, R.** (2016). Popular sovereignty and political representation: Edmund Burke in the context of eighteenth-century thought. In: Bourke R and Skinner Q (eds) *Popular Sovereignty in Historical Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bourke, R.** (2018). Revising the Cambridge School: Republicanism revisited. *Political Theory*, 46(3): 467–477.
- Bourke, R. and Fitzwilliam, CWM.** (1844). In: F. and J. Rivington (eds) *Correspondence of the Right Honourable Edmund Burke*. London.
- Brandes, E.** (1791). *Review of Reflections on the Revolution in France*. *Go òttingsche Anzeigen von Gelehrten Sachen*, 26 November.
- Bromwich, D.** (2014). *The Intellectual Life of Edmund Burke: From the Sublime and Beautiful to American Independence*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Burke, E.** (1772). Speech on clerical subscription, 6 February 1772, Northampton MSS. A. XXXVI. 23, 26A, 26B, 26C, 26D.
- Burke, E.** (1782). Debate on civil list expenditure, 14 June 1782. *Parliamentary History* XXIII.
- Burke, E.** (1791). Speech on Quebec Bill, 6 May 1791. In: Langford P, et al. (eds) *Writings and Speeches of Edmund Burke*, Vol. 4. 9 vols. Oxford: Oxford University Press.
- Burke, E.** (1794). Report from the Committee of the House of Commons Appointed to Inspect the Lords Journals, 30 April 1794. In: Langford P, et al. (eds) *Writings and Speeches of Edmund Burke*, Vol. 7. 9 vols. Oxford: Oxford University Press.

- Burke, E.** (1808–1813). Speech on the state of the representation of the Commons (16 May 1784). In: *The Works of the Right Honourable Edmund Burke*. London
- Burke, E.** (1970–2015). *Writings and Speeches of Edmund Burke*. 9 vols. Edited by P Langford et al. Oxford: Oxford University Press.
- Burke, E.** (2001). *Reflections on the Revolution in France*. Edited by JCD Clark. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Cannon, J.** (1973). *Parliamentary Reform, 1640–1832*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cecil, H.** (1912). *Conservatism*. London: William and Norgate.
- Claeys, G.** (2007). *The French Revolution Debate in Britain: The Origin of Modern Politics*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Clark, JCD.** (2000). *English Society, 1660–1832: Religion, Ideology and Politics During the Ancien Regime*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Clark, JCD.** (2005) Edmund Burke's reflections on the revolution in America (1777): or, how did the American revolution relate to the French? In: Crowe I (ed.) *An Imaginative Whig: Reassessing the Life and Thought of Edmund Burke* Columbia, MO: University of Missouri Press.
- Conniff J** (1977) Burke, Bristol and the concept of representation. *The Western Political Quarterly*, 30(3): 329–341.
- Crick, B.** (1955). The strange quest for an American conservatism. *The Review of Politics*, 17(3): 359–376.
- Croker, JW.** (1830). International policy. *The Quarterly Review* 42.
- Dahlmann FC** (1835) *Die Politik auf den Grund und das Maaß der gegebenen Zustände zurückgeführt*. Göttingen.
- De Rémusat, C.** (1753). Burke: Sa vie et ses écrits. *Revue des Deux Mondes*, 23(1): 209–261 and 435–490.
- De Rivarol, A.** (1791). *Lettre de M. Burke sur les affaires de France et des Pays-Bas, adressée à M. le Vicomte de Rivarol*. Paris.
- De Staël, G.** (2008). *Considerations on the Principal Events of the French Revolution (1818)*. Edited by A Craiutu. Indianapolis, IN: Liberty Fund.

- De Tocqueville, A.** (1988). *The Old Regime and the Revolution*. 2 vols. Edited by F Furet and F Mélonio. Chicago, IL and London: University of Chicago Press.
- Dickinson, HT.** (1977). *Liberty and Property: Political Ideology in Eighteenth-Century Britain*. London: Methuen.
- Diderot, D.** (1765). Hobbisme. In: *Encyclopédie, ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*. Vol. 8. Paris.
- Droysen, G.** (1846). *Vorlesungen u'ber die Freiheitskriege, Universitäts-Buchhandlung*. 2 vols. Kiel.
- Dunn, J.** (1968). The identity of the history of ideas. *Philosophy*, 43(164): 85–104.
- Dworkin, R.** (1977). *Taking Rights Seriously*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Epstein, K.** (1966). *The Genesis of Conservatism in Germany*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Fawcett, E.** (2014). *Liberalism: The Life of an Idea*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Fitzpatrick, M. and Jones, P.** (2017). *The Reception of Edmund Burke in Europe*. London: Bloomsbury.
- Freeden, M.** (1996). *Ideologies and Political Theory: A Conceptual Approach*. Oxford: Oxford University Press.
- Furet, F.** (1988). *La Révolution: De Turgot à Jules Ferry, 1770–1880*. Paris: Hachette.
- Gannett, RT. Jr.** (2003). *Tocqueville Unveiled: The Historian and His Source for 'The Old Regime and the Revolution'*. Chicago, IL and London: Chicago University Press.
- Gerhard, D.** (1981). *Old Europe: A Study of Continuity, 1000–1800*. New York: Academic Press.
- Gray, J.** (1976). The liberalism of Karl Popper. *Government and Opposition*, 11(3): 337–355.
- Green, JA.** (2014). Friedrich Gentz's translation of Burke's Reflections. *The Historical Journal*, 57(3): 639–659.
- Greiffenhagen, M.** (1971). *Das Dilemma des Konservatismus in Deutschland*. Munich: Piper Verlag.
- Hampsher-Monk, I.** (1987). *The Political Philosophy of Edmund Burke*. London: Longman.

- Hampsher-Monk, I.** (1992). *A History of Modern Political Thought: Major Thinkers from Hobbes to Marx*. Oxford: Blackwell.
- Hampsher-Monk, I.** (2015). Edmund Burke in the Tory world. In: Black J (ed.) *The Tory World: Deep History and the Tory Theme in British Foreign Policy, 1679–2014*. Farnham: Ashgate.
- Hartz, S.** (1955). *The Liberal Tradition in America*. New York: Harcourt.
- Hearnshaw, FJC.** (1933). *Conservatism in England: An Analytical, Historical, and Political Survey*. London: Macmillan.
- Hobsbawm, E. and Ranger, T. (eds).** (1983). *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hont, I.** (2005). *Jealousy of Trade: International Competition and the Nation-state in Historical Perspective*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Hont, I.** (2015). *Politics in Commercial Society: Jean-Jacques Rousseau and Adam Smith*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Höpfl, HM.** (1983). Isms. *British Journal of Political Science*, 13(1): 1–17.
- Huber, VA.** (1841). **Über die Elemente, die Möglichkeit oder Notwendigkeit einer konservativen Partei in Deutschland**. Marburg.
- Hume, D.** (1983). *History of England*, Indianapolis, IN: Liberty Fund. 6 vols.
- Hume, D.** (1985a). The sceptic. In: Hume D (ed.) *Essays Moral, Political, and Literary*. Indianapolis, IN: Liberty Fund.
- Hume, D.** (1985b). Of the origin of government. In: Hume D (ed.) *Essays Moral, Political, and Literary*. Indianapolis, IN: Liberty Fund.
- Hume, D.** (1999). *An Enquiry Concerning Human Understanding*. Edited by TL Beauchamp. Oxford: Oxford University Press.
- Hume, D.** (2000). *A Treatise of Human Nature*. Edited by DF Norton and M Norton. Oxford: Oxford University Press.
- Huntington, S.** (1957). Conservatism as an ideology. *Review of Politics*, 51(2): 454–473.
- Hui, W.** (2008). *China from Empire to Nation-State*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Israel, I.** (2011). *Democratic Enlightenment: Philosophy, Revolution, and Human Rights 1750–1790*. Oxford: Oxford University Press.

Jones, E. (2017). *Edmund Burke and the Invention of Modern Conservatism, 1830–1914: An Intellectual History*. Oxford: Oxford University Press.

Kalyvas, S. (1996). *The Rise of Christian Democracy in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.

Kavka, GS. (1986). *Hobbesian Moral and Political Theory*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

King James Bible (1611) 2 Maccabees. London.

Kirk, R. (1953). *The Conservative Mind*. Chicago, IL: Henry Regnery Co.

Koselleck, R. (1989). *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*. Cambridge, MA: MIT Press.

Lenin VI (1960–1970). Left-Wing Communism: An Infantile Disorder in V. I. *Lenin: Collected Works*, Vol. 45. Moscow: Progress Publishers.

Letwin, SR. (1965). *The Pursuit of Certainty: David Hume, Jeremy Bentham, John Stuart Mill, Beatrice Webb*. Cambridge: Cambridge University Press.

Lock, FP. (2012). Burke's life. In: Dwan D and Insole C (eds) *The Cambridge Companion to Edmund Burke*. Cambridge: Cambridge University Press.

Machiavelli, N. (1988). *The Prince*. Edited by Q Skinner. Cambridge: Cambridge University Press.

Maciag, D. (2013). *Edmund Burke in America: The Contested Career of the Father of Modern Conservatism*. Ithaca, NY: Cornell University Press.

Mair, P. (2004). *Party System Change: Approaches and Interpretations*. Oxford: Oxford University Press.

Mannheim, K. (1953). Conservative thought. In: Mannheim K (ed.) *Essays Sociology and Social Psychology*. London: Routledge and Kegan Paul.

Michels, R. (1945). Conservatism. In: Edwin R. A. Seligman and Alvin Johnson (eds) *Encyclopaedia of the Social Sciences*. New York: Macmillan. 15 vols.

Michels, R. (1945). Conservatism. In: Seligman ERA and Johnson A (eds) *Encyclopaedia of the Social Sciences*. 15 vols., III. New York: Macmillan.

Michels, R. (1968). *Political Parties: A Sociological Study of the Oligarchical Tendencies of Modern Democracy*. New York: The Free Press.

- Mohler, A.** (1989). *Die Konservative Revolution in Deutschland, 1918–1932: Ein Handbuch*. Stuttgart: Leopold Stocker Verlag.
- Moyn, S.** (2010). *The Last Utopia: Human Rights in History*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Müller, A.** (1936). *Die Elemente der Staatskunst (1809)*. Meersburg am Bodensee und Leipzig: F. W. Hendel Verlag.
- Nietzsche, F.** (1994). *On the Genealogy of Morality*. Cambridge: Cambridge University Press.
- O’Brien, CC.** (1992). *The Great Melody: A Thematic Biography of Edmund Burke*. London: Sinclair-Stevenson.
- O’Sullivan, N.** (1976). *Conservatism*. London: Dent.
- Palmer, RR.** (1959–1964). *The Age of the Democratic Revolution: A Political History of Europe and America, 1760–1800*, Vol. 2. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Philp, M.** (2014). *Reforming Ideas in Britain: Politics and Language in the Shadow of the French Revolution, 1789–1815*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Pitkin, H.** (1967). *The Concept of Representation*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Pitts, J.** (2005). *A Turn to Empire: The Rise of Liberal Imperialism in Britain and France*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Pocock, JGA.** (1987). ‘Introduction’. In: Burke *E Reflections on the Revolution in France*. Edited by JGA Pocock. Indianapolis, IN: Hackett, pp.
- Popper, K.** (1945). *The Open Society and Its Enemies*, Vol. 2. London: Routledge and Sons.
- Popper, K.** (1976). *Unended Quest*. London: Open Court.
- Rachfahl, F.** (1923). Konservativ. In: Herre P (ed.) *Politisches Handwörterbuch*, Vol. 2. Leipzig: K. F. Koehler.
- Rehberg, AW.** (1791). *Review of Reflections on the Revolution in France*. Jenaer Allgemeine Literaturzeitung, 4 March.
- Rials, S.** (1988). *Les déclarations des droits de l’homme et du citoyen*. Paris: Hachette.
- Robin, C.** (2011). *The Reactionary Mind: Conservatism from Edmund Burke to Sarah Palin*. Oxford: Oxford University Press.
- Rossiter, C.** (1955). *Conservatism in America*. New York: Alfred A. Knopf.

Rossiter, C. (1968–1979). Conservatism. In: Sills DL (ed.) *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Vols. 17. New York: Macmillan and the Free Press.

Ruault, N. (ed.) (1794). *Le Conservateur décadaire des principes républicains et de la morale politique*. Paris.

Runciman, D. and Vieira, MB. (2008). *Representation*. Cambridge: Polity.

Sack, JJ. (1987). The memory of Burke and the memory of Pitt: English conservatism confronts its past, 1806–1829. *The Historical Journal*, 30(3): 623–640.

Sato, S. (2018). *Edmund Burke as Historian: War, Order and Civilisation*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.

Scheler, M. (1960). *Probleme einer Soziologie des Wissens* (1926). In: Scheler M (ed.) *Gesammelte Werke*, Vol. 15. Bern: A Francke Verlag.

178

Schlosser, FC. (1843–1844). *Geschichte des achtzehnten Jahrhunderts und des neunzehnten bis zum Sturz des französischen Kaiserreichs*, Vol. 7. Heidelberg.

Schumpeter, J. (1942). *Capitalism, Socialism and Democracy*. New York: Harper and Row.

Skinner, Q. (1969). Meaning and understanding in the history of ideas. *History and Theory*, 8(1): 3–53.

Skinner, Q. (1974). The principles and practice of opposition: The case of Bolingbroke versus Walpole. In: McKendrick N (ed.) *Historical Perspectives: Studies in English Thought and Society in Honour of J. H. Plumb*. London: Europa.

Stedman Jones, G. (2016). *Karl Marx: Greatness and Illusion*. London: Allen Lane.

Strauss, L. (1953). *Natural Right and History*. Chicago, IL: Chicago University Press.

Tuck, R. (1979). *Natural Rights Theories: Their Origin and Development*. Cambridge: Cambridge University Press.

Valjavec, F. (1951). *Die Entstehung der politischen Strömungen in Deutschland, 1770–1815*. Munich: Oldenbourg Verlag.

Valjavec, F. (1954). Die Entstehung des europäischen Konservatismus. In: Boehm MH, et al. (eds) *Ostdeutsche Wissenschaft: Jahrbuch des Ostdeutschen Kulturrates*. Munich: Oldenbourg Verlag.

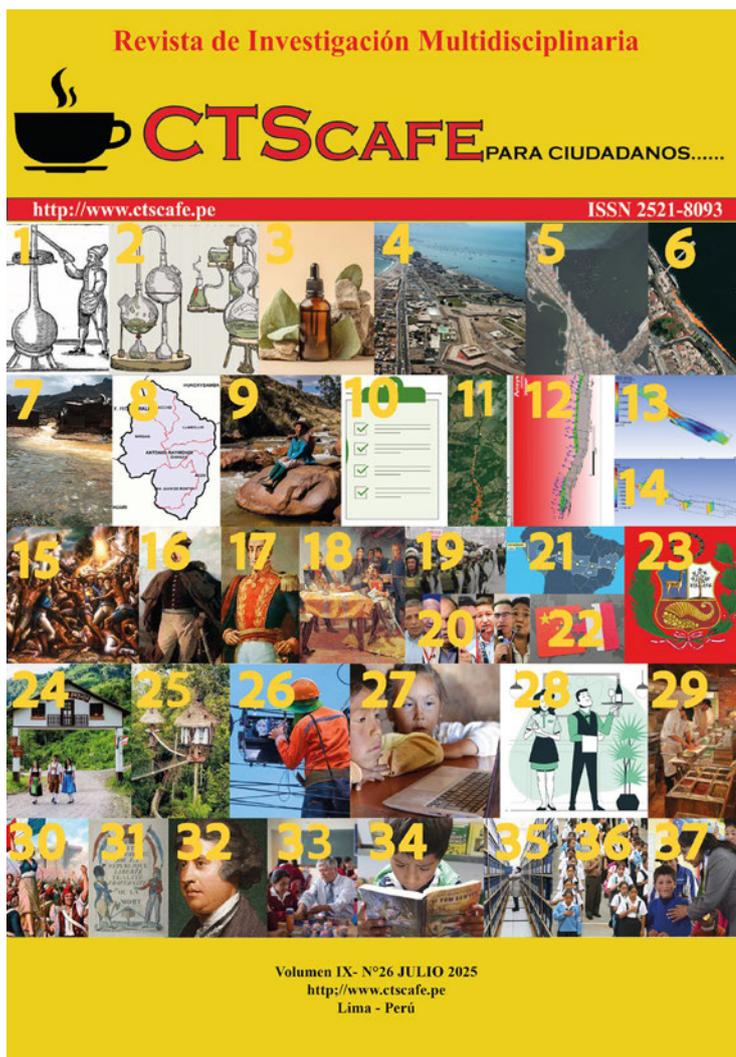
Veitch, GS. (1913). *The Genesis of Parliamentary Reform*. London: Constable and Co.

- Viereck, P.** (1956). *Conservatism from John Adams to Churchill*. Princeton, NJ: V. Van Nostrand and Co.
- Vierhaus, R.** (1972–1997). Konservativ, konservatismus. In: Brunner O, Konze W and Kosselleck R (eds) *Geschichtliche Grundbegriffe: Historisches Lexicon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Vol. 9. Stuttgart: Klett-Cotta.
- Vierhaus, R.** (1973). Conservatism. In: Wiener P (ed.) *Dictionary of the History of Ideas: Studies of Selected Pivotal Ideas*, Vol. 4. New York: Charles Scribner's Sons.
- Von Klemperer, K.** (1966–1972). Konservatismus. In: Kernig CD (ed.) *Sowjetsystem und demokratische Gesellschaft: Eine vergleichende Enzyklopädie*, Vol. 7. Freiburg: Herder.
- Von Sybel, H.** (1847a). Edmund Burke und die französische Revolution. *Allgemeine Zeitschrift für Geschichte*, 7: 1–53.
- Von Sybel, H.** (1847b). Edmund Burke und Irland. *Allgemeine Zeitschrift für Geschichte* 7: 488–533.
- Von Sybel, H.** (1853–1879). *Geschichte der Revolutionszeit von 1789 bis 1800*. 5 vols. Düsseldorf.
- Weber, M.** (1978). *Economy and Society: An Outline of Interpretative Sociology*. Edited by G Roth and C Wittich. 2 vols. Berkeley, CA: University of California Press.
- Weber, M.** (1994). Politik als Beruf. In: Mommsen WJ and Schluchter W (eds) *Wissenschaft als Beruf (1917/1919), Politik als Beruf (1919)*. W. Tubingen: J. C. Mohr.
- Whelan, F.** (1996). *Edmund Burke and India: Political Morality and Empire*. Pittsburgh, PA: The University of Pittsburgh Press.

ÍNDICE DE IMÁGENES

218

1. <https://uk.pinterest.com/pin/313140980361367806/>
2. <https://www.dirtyrootsberlin.com/botanical-vessels>
3. <https://sip.pochteca.net/index.php/blog/los-aceites-esenciales-que-son-propiedades-y-usos>
4. https://cumbrepuebloscop20.org/turismo/peru/region-callao/#google_vignette
5. De la Torre Ostos (2025)
6. De la Torre Ostos (2025)
7. <https://proactivo.com.pe/minam-aprueba-decreto-supremo-que-flexibiliza-los-estandares-de-contaminacion-del-agua/>
8. <https://llamellinar2016.blogspot.com/2016/07/division-politica.html>Calidad/
9. <https://elpais.com/america-futura/2024-10-12/la-lucha-de-los-campesinos-peruanos-para-sanar-sus-tierras-enfermas-por-el-cambio-climatico.html>
10. <https://www.esri.com/es-es/arcgis/products/arcgis-survey123/community-forms>
11. Zambrano, Álaba, Ávila et All (2025)
12. Yataco, Yataco (2025)
13. Yataco, Yataco (2025)
14. Yataco, Yataco (2025)
15. <https://www.lhistoria.com/america/descolonizacion>
16. <https://mihistoriauniversal.com/edad-contemporanea/independencia-de-latinoamerica>
17. <https://mihistoriauniversal.com/edad-contemporanea/independencia-de-latinoamerica>
18. <https://andina.pe/agencia/noticia-trabajadores-ministerio-cultura-escenificaran-firma-de-capitulacion-ayacucho-330330.aspx>
19. <https://www.infobae.com/america/agencias/2024/09/27/la-ola-de-extorsion-denunciada-por-transportistas-en-lima-fuerza-de-claracion-de-emergencia/>
20. <https://www.infobae.com/peru/2025/01/15/12-mil-candidatos-participaran-en-las-elecciones-de-2026-segun-estimaciones-del-jurado-nacional-de-elecciones/>
21. <https://www.lanacion.com.py/mundo/2025/07/08/brasil-y-china-acuerdan-conexion-ferroviaria-con-puerto-peruano-de-chancay/>
22. <https://www.comexperu.org.pe/en/articulo/peru-china-una-relacion-con-grandes-beneficios-para-la-economia-peruana>
23. <https://br.pinterest.com/pin/422281203302773/>
24. <https://yungaytoursperu.com.pe/2023/03/02/selva-central-pozuzo-oxapampa-la-merced/>
25. <https://treehouse lodge.com/tag/hoteles-unicos/>
26. https://hiraoka.com.pe/blog/post/internet-de-fibra-optica-que-es-como-funciona-y-ventajas?srsliid=AfmBOopp7TIJoSAvMf7g_aL9ieELdyKuBNiZfrDLJVJyJRKidXuzxj5Y
27. <https://rpp.pe/campanas/valor-compartido/internet-para-todos-como-va-la-cobertura-y-el-acceso-a-este-servicio-en-el-peru-noticia-1416613>
28. https://www.freepik.com/premium-vector/waiters-concept-illustration_9793082.htm



De izquierda a derecha

29. <https://es.pinterest.com/eduardosarxx/>
30. <https://es.pinterest.com/seguelanadine0202/1789-1799-r%C3%A9volution-fran%C3%A7aise/>
31. <https://es.pinterest.com/hippieflower1969/the-french-revolution/>
32. <https://www.bbc.co.uk/programmes/b00sjqyn>
33. <https://exitoeducativo.net/peru-impulsa-la-revalorizacion-docente/>
34. <https://andina.pe/agencia/noticia-plan-lector-nacional-aumento-lectura-juvenil-e-infantil-702922.aspx>
35. Vidal (2025)
36. <https://andina.pe/agencia/noticia-trataran-el-acuerdo-nacional-prioridades-educacion-para-20122016-380950.aspx>
37. <https://andina.pe/agencia/noticia-mine-du-mas-60000-maestras-biling%C3%BCes-ensenan-42-lenguas-originarias-940655.aspx>

REVISTA DE INVESTIGACIÓN MULTIDISCIPLINARIA



<http://www.ctscafe.pe>

Volumen IX- N° 26 Julio 2025

Contáctenos en nuestro correo electrónico

219

revistactscafe@ctscafe.pe

Página Web:

<http://ctscafe.pe>

